

# El Monasterio del Escorial en la historiografía jerónima de la primera época (siglo XVI)

F. Javier CAMPOS y Fernández DE SEVILLA  
Estudios Superiores del Escorial  
San Lorenzo del Escorial

## I. Introducción.

## II. Las fuentes jerónimas escurialenses.

- 2.1. *Origen y fin de los textos.*
- 2.2. *Fray Juan de San Jerónimo.*
- 2.3. *Fray Antonio de Villacastín.*
- 2.4. *Fray Juan de la Cruz.*
- 2.5. *Fray José de Sigüenza.*
- 2.6. *Fray Jerónimo de Sepúlveda.*

## III. La Visión del Escorial.

- 3.1. *Fines de la fundación.*
- 3.2. *La Orden de San Jerónimo.*
- 3.3. *El rey, su presencia y su actuación.*
- 3.4. *El Monasterio.*
- 3.5. *Información de las obras.*
- 3.6. *Las Reliquias.*
- 3.7. *La Biblioteca.*
- 3.8. *Comedias y fiestas.*
- 3.9. *Vida cotidiana.*

## IV. Conclusión.

## V. Bibliografía.



## I. INTRODUCCIÓN

Apenas terminada la obra del Escorial en sus perfiles y apariencia externa, pero faltando rematarla en muchos y fundamentales aspectos (incluso estando habilitados todavía algunos espacios de forma provisional y trasladándose otras oficinas a los emplazamientos definitivos), las estampas de la fábrica de San Lorenzo circulan por los estudios de importantes arquitectos, por los despachos de las cancellerías y se guardan en las mejores bibliotecas<sup>1</sup>. Un ejemplo del valor y de la fuerza de la imagen como vehículo de conocimiento técnico y artístico<sup>2</sup>, de exaltación de la razón de Estado cuasi teocrático<sup>3</sup>, y triunfo del nuevo Salomón<sup>4</sup>. Y junto a la imagen, el texto, para sustentar una visión, justificar unas figuras y elevar a símbolo aquella representación icónica. Texto e imagen aparecen unidos siempre en El Escorial desde sus mismo orígenes.

Nosotros pretendemos acercarnos a unas fuentes contemporáneas a la construcción e internas a la obra. Se van gestando al tiempo que el edificio material se levanta y su propia monumentalidad hace que comience a generarse la idea de que se está ante una obra sin prece-

---

1. Herrera, J. de, Sumario y breve declaración de los diseños y estampas de la Fábrica de San Lorenzo el Real del Escorial, Madrid 1589. Antes había dirigido un Memorial a la Cámara de Castilla solicitando privilegio para editar y vender por treinta años las «láminas», según consta en el informe de la mencionada Cámara, de 14-VIII-1583. Archivo Histórico Nacional, Cámara de Castilla, Consulta de Gracia, leg. 4409, n.º 118. ALONSO VAINES, C., «Embajadores de Persia en las cortes de Praga, Roma y Valladolid (1600-1601)», en *Anthologica Annua* (Roma), 36 (1989) 145-147: IDEM, «Felipe II envía unas láminas de El Escorial al Papa Sixto V», en *La Ciudad de Dios*, San Lorenzo del Escorial, 205 (1992) 183-194.

2. «Por hazer participantes a los deseosos de saber la grandeza de la fábrica de san Lorenzo el Real del Escorial he procurado, aunque con mucho trabajo y costa estampar la dicha fábrica en diversos diseños». *Ibid.*, p. 4.

3. «Y al fin todo tan parecido a las fábricas divinas, que dirán salió todo de una traza, y para unos mismos o mejores fines». SIGÜENZA, J. de, *Historia de la Orden de San Jerónimo*, Valladolid 2000, t. 1, p. 431. Siempre citamos por esta edición.

4. «Aquí como en otro templo de Salomón, a quien nuestro patrón y fundador Felipe II fue imitando en esta obra». *Ibid.*, t. II, p. 431.

dentes —«Octava Maravilla»—<sup>5</sup>, siendo escritas por unos testigos presenciales que son también miembros de la orden religiosa que dará vida íntima a la fábrica, cumpliendo aquellas obligaciones que el fundador ha querido para su obra. En estas fuentes late el deseo de armonizar la voluntad filipina y la ejecución material de la obra con los ideales que ese proyecto simbolizaban ideológicamente<sup>6</sup>.

Trabajo de síntesis, puesto que las historias del Escorial escritas por los jerónimos laurentinos han sido citadas y analizadas ineludiblemente por cuantos investigadores se han aproximados a estudiar el origen del monasterio, y de forma monográfica como fuentes históricas primarias, como recogemos en la bibliografía. Presentamos aquí una panorámica orgánica y sistemática de estas fuentes, tratando de recoger la visión que los jerónimos del Escorial tuvieron del Monasterio en aquellos años decisivos en que se modificaron bastante de los proyectos<sup>7</sup>.

## II. LAS FUENTES JERÓNIMAS ESCURIALENSES

Los textos jerónimos que historian el Monasterio del Escorial tienen un origen común y un mismo destino aunque la calidad resultante esté unida a la preparación personal del autor, las fuentes de informa-

5. «La monumentalidad, las grandes dimensiones, los cimientos colosales, los centenares de hombre y millares de ducados que de continuo se movían, la perfecta organización de la primera fábrica moderna de Europa era algo tan nuevo y tan increíble, tan único, que El Escorial se convirtió en un hecho trascendente, en un episodio, en todo un acontecimiento». BUSTAMANTE, A., «Prólogo» a la reedición de las *Memorias de Villacastín*, ed. del padre J. ZARCO, Madrid 1985, p. 17.

6. «Así le ha acontecido a esta nueva fundación y colonia santa del monasterio de San Lorenzo, que con la feliz junta del católico rey don Felipe y de la religión de San Jerónimo, en lo de dentro (en costumbres santas, buen ejemplo, vida espiritual, letras, multitud y buena crianza de hijos) ella se ha dado buena maña; y en lo de fuera (en grandeza, majestad, fortaleza, hermosura y perfección) hace entre lo mejor que conocemos». SIGUENZA, J. de, *Historia*, t. II, p. 445.

7 «... hecha la planta de los principales miembros del edificio, aunque se fue siempre puliendo y mejorando, procurando se pusiesen lo más cómodo a los usos y menesteres, que es dificultoso acertar de la primera vez tantas cosas». *Ibid.*, t II, p. 441. Y luego amplía esta información: «Juan Bautista de Toledo, maestro español, como hombre de alto juicio en la Arquitectura, digno de que le igualemos con Bramante y con cualquiera otro valiente, hizo modelo general de madera ... Alteró aquello en muchas partes, como vimos en otro discurso, su discípulo Juan de Herrera, aunque sin daño y aún, al parecer de muchos, con perfección de la fábrica. Al tiempo de ejecutar la traza de iglesia que trajo Paciotto, también se alteraron algunas cosas». *Ibid.*, t II, p. 490.

ción que pudo consultar cada uno, el tiempo disponible para hacerlo y el programa concreto que se marcara a la hora de acometer su obra. La misma historiografía ha catalogado estas fuentes semánticamente distinguiendo entre *Memorias* e *Historia* para diferenciar el origen, el tipo de texto y calidad literaria de las mismas.

### 2.1. *Origen y fin de los textos*

La mayoría de las fuentes jerónimas sobre El Escorial están motivadas en esa curiosidad personal que muchos religiosos tuvieron para recoger detalles de la vida cotidiana del Monasterio donde vivían, algunos hechos importantes de su orden religiosa y aquellos sucesos históricos que, de alguna manera, les impresionaron personalmente, viendo en muchos de estos sucesos –no importa el origen, el desarrollo y otros matices ambientales– algún tipo de actuación sobrenatural, con un mensaje directo al momento suyo presente.

La magnitud de la obra del Escorial, la continua presencia del rey, como dueño y señor, y de los miembros de la familia real, de visitantes ilustres y de personajes, curiosos, unos; cualificados, otros, hicieron posible que algunos monjes inquietos fuesen poniendo por escrito lo que a ellos les llamaba la atención, de la misma manera que otros ejercitaban alguna actividad artística o manual. Incluso los había que preferían dedicarse a perder el tiempo; no es extraño que tantas veces se elogie a muchos religiosos porque no salían de la celda, o porque siempre estaban ocupados. Hay que tener en cuenta que a estas aficiones particulares sólo podían dedicarse en los momentos libres del cargado horario oficial, lo que significa que nos encontramos ante obras de lenta gestación; pero el concepto de tiempo en un monasterio se mueve por categorías diferentes a las de la vida civil.

Al no ser estas fuentes textos destinados a un fin concreto ni inmediato, carecen de esquema cerrado y desarrollo sistemático, porque sólo el interés personal del autor marca el objetivo de su obra; sin embargo, no olvidemos que, como dice M. Bataillon hablando del padre Sigüenza, es difícil pensar que haya alguien que escriba para sí sólo<sup>8</sup>; el problema es saber si hubo destinatarios inmediatos y deducir entonces el fin buscado en estas obras. De todas formas, estamos ante escritos netamente personales, en los que no debemos pretender encontrar cumplida información y abundancia de detalles

8. *Erasmus y España*, México 1983, p. 749.

de todos y cada uno de los temas de la obra (motivos fundacionales, génesis y desarrollo de la obra, datos sobre artistas y artesanos, cuantía de los gastos, pormenores e incidencias, etc.); sería querer encontrar una exhaustividad que no tienen estas fuentes, ni la buscaron sus autores porque les movían otros intereses, como ya ha sido dicho<sup>9</sup>.

Aunque con lagunas, en todas ellas encontramos, sin embargo, abundancia de testimonios y suficientes noticias para conocer bien y de cerca la obra del Escorial. Y con una garantía plena, porque pesaba sobre ellos el concepto moral de rectitud, integridad y veracidad. Puede haber –y los hay– desajustes y errores puntuales, fruto de la inadvertencia o del descuido, no del engaño, teniendo en cuenta que consignar el dato puntual (fechas, nombres, cargos, títulos) era menos importante en la historiografía de la época que contar el hecho completo con la enseñanza que se pretendía transmitir, casi siempre laudatoria y ejemplarizante; y en ese objetivo sí hay interés y exactitud<sup>10</sup>. Este cri-

9. ZARCO, J., «Introducción a las Memorias de Fr. Antonio de Villacastín», en *Documentos para la Historia del Monasterio de San Lorenzo el Real de El Escorial*, Madrid 1916, t. I, pp. IX-X; siempre citamos por esta edición. RUBIO, L., «Los historiadores del Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial [II]», en *Anuario Jurídico Escorialense* (San Lorenzo del Escorial), 17-18 (1985-1986), 66. Por haber escrito dos trabajos con el mismo título, mucha diferencia de años y haberlos publicado en diferentes revistas, indicamos I y II para distinguirlos cronológicamente.

10. FRAY A. DE VILLACASTÍN asegura que la primera piedra se colocó en abril de 1562 (*Memorias*, p. 4) y poco después dice que fue el 23 de abril de 1563, que fue la fecha correcta; en la *Carta a Lhermite* mantiene la fecha de 1562 para comienzo de las obras y lleva el fin hasta 1597 (p. 216). Siguiendo con ese suceso, fray J. de la Cruz afirma en sus dos relatos que las obras comenzaron en 1562, estando presente el rey, equivocándose en ambos casos (mss. &.II.19, ff. 392v-393 y &.II.22, f. 3), y también adelanta un año la fecha fray J. DE SEPÚLVEDA, que la pone el 23 de abril de 1562 las dos veces que lo cita (*Historia de varios sucesos*, pp. 3 y 352). Fray José DE SIGÜENZA que en su *Historia* (p. 496) afirma que la última piedra se puso en septiembre de 1584; en la introducción de las *Memorias Sepulcrales* nos dice que fue el 7-IX-1584 (t. I, p. 187), siendo tan conocida esa fecha que fue el día 13. Tradicionalmente se ha puesto en Felipe II como características de su personalidad, entre otras, la gravedad, la fortaleza y la prudencia; cuando el gran incendio de 21 de julio de 1577, Sigüenza retrata al rey manteniendo esa conocida imagen imperturbable, asegurando «que aunque tenía el rostro sereno y aún alegre para quitar a los demás la tristeza y poner ánimo, sin duda que lo sentía de veras» (*Historia*, p. 479). SEPÚLVEDA lo retrata más humano y dice que cuando recibió la noticia de la muerte de Urbano VII (que por error pone VI), según le contó un testigo presencial fiable, «vió que se demudó el Rey bravamente» (*Historia de varios sucesos*, p. 114), sobre todo porque con este Papa se anunciaba un trato íntimo tras las tormentosas relaciones con Sixto V.

terio de privacidad se mantiene inalterable para todos los escritos de los jerónimos del Quinientos, exceptuando la *Carta* de Villacastín a Lhermite y la *Historia* de Sigüenza (Libros III y IV), que, además, tienen notorio fin propagandístico.

Otra nota importante que explica y justifican estas obras es que son escritos de tipo privado, es decir, hecho por monjes y para monjes fundamentalmente<sup>11</sup>; por lo tanto, recoger datos de tipo interno de la Orden y detenerse en narrar hechos que juzgan dignos de recordarse (capítulos generales o privados, profesiones religiosas, órdenes sagradas, biografías, relaciones entre monasterios, etc.), era algo normal, como recuerdan en sus escritos<sup>12</sup>. En algún caso, como fue en las *Historias* oficiales, programadas de forma institucional por los capítulos generales, los superiores eligen a las personas que han de acometer la tarea y les ordenan que las escriban<sup>13</sup>. Aunque escribir la *Historia* es un acto de obediencia para el autor, al mismo tiempo se convierte en ocasión de dejar constancia –mezcla de orgullo institucional y obligación moral– de la importancia que tiene la Orden de San Jerónimo en el panorama religioso español de aquel momento para contar con el especial favor del rey, que la ha elegido para confiarle su obra más querida.

Aunque hayan permanecido casi todas como obras manuscritas, fueron conocidas y leídas, y de alguna manera circularon por las celdas escurialenses hasta poder comprobar cómo algunos asuntos los

11 «Procuraré, al menos, que no quede cosa intrincada ni oscura, así para mis religiosos, a quien particularmente enderecé esta *Historia* desde sus principios y por quien me derribo a muchas menudencias, como para los de fuera, que quisieren algún rato saber lo que fue esto». SIGÜENZA, J. de, *Historia*, t. II, p. 449.

12. Intermitemente Sigüenza deja constancia de esta preocupación: «Porque no nos olvidemos de la orden en las cosas que fueron de alguna consideración, pues es esta historia suya, advierto...». *Historia*, t. II, p. 495; cfr., pp. 491, 512, etc. Lo mismo sucede con Jerónimo de Sepúlveda: «... mi entender no ha sido más de contar muy sucintamente y de paso todas las cosas que han sucedido en estos días [a la orden jerónima]». «Historia de varios sucesos», en *Documentos para la Historia del Monasterio...*, Madrid 1924, t. IV, p. 189. Ed. de J. ZARCO; siempre citamos por esta edición.

13. Así lo testifica fray J. DE LA CRUZ: «Por ponerse en medio la obediencia que lo ha querido y ordenado así». *Historia de la Orden de San Hierónimo*. Biblioteca Real del Escorial, ms. & II.19, f. VIv. En el mismo sentido se manifiesta Sigüenza: «prosiguiendo voy el discurso de mi *Historia*, y diré mejor el de mi obediencia, pues sola ella es la que puede darme aliento para carrera tan larga... A mi no me dieron a escoger, que no es pequeña disculpa; abracé mi suerte, que a muchos parecía desgraciada, estéril, pobre». *Historia*, t. II, p. 15.

encontramos recogidos y tratados en las diversas obras con el mismo enfoque, incluso trasladando párrafos de forma bastante literal<sup>14</sup> y trasmitiéndose algunos errores<sup>15</sup>.

14. Pueden verse algunos ya detectados en ZARCO, J., *Memorias de Villacastín*, pp. 51-52 y 82; VILLALBA, L., «El P. José de Sigüenza. Estudio crítico de su vida literaria y escritos», en *Historia del Rey de reyes y Señor de los señores, del P. Sigüenza*. Madrid 1916, t. I, pp. LXXX-LXXXII y LXXXV-LXXXVI; RUBIO, L., *Los historiadores* [II], o.c., pp. 76-78. Por señalar nosotros algunos ejemplos, tenemos que cuando Felipe II recibe la noticia de la trágica muerte de su sobrino el rey don Sebastián de Portugal, Juan de San Jerónimo afirma que: «se retiró S. M. de tal suerte que no vio nada de la casa; y al tiempo que se partió para Madrid, que fue en 14 de agosto [1578], no salió por el lugar acostumbrado sino por el jardín y nichos de la casa que están al mediodía, sólo y sin compañía, que puso gran compasión a los frailes que le miraban, los cuales frailes quedaban con mucha pena por entender que S. M. la llevaba muy grande.» (*Memorias*, en CODOIN, t. VII, pp. 229-230. Ed. de M. Salvá y P. Sainz de Baranda; siempre citamos por esta edición). Sigüenza muy en paralelo, y con intencionalidad política, dice que: «no pudo disimular la tristeza y el sentimiento grave, aunque estaba prevenido para este golpe, entendiendo que una jornada tan inconsiderada no podía tener buen fin ... Partióse luego otro día a Madrid sin ver la casa ni la obra, saliendo por una puerta falsa de los jardines, casi solo, que todo argüía en él mucha tristeza», *Historia*, t. II, p. 484. Juan de San Jerónimo asegura que la primera piedra está escrita en «letras góticas» (*Memorias*, 23), y lo mismo repite Jerónimo de Sepúlveda, tomándolo de él (*Historia de varios sucesos*, p. 352). Como ejemplo de transmitirse un error por copiar sin verificar los datos, lo tenemos en la división de las secciones de la Sala de Batallas; CAMPOS, F. J., «Los frescos de la Sala de Batallas», en *El Monasterio del Escorial y la Pintura*, Actas del Simposium, San Lorenzo del Escorial, 2001, pp. 186-192.

15. Por citar algunos ejemplos conocidos, tenemos que tanto J. de San Jerónimo (*Memorias*, p. 23) como Sigüenza (*Historia*, t. I, p. 443), discrepan entre sí y ambos tampoco coinciden con el texto real de las inscripciones de la primera piedra del Monasterio. Cfr. RUBIO, L., *Los historiadores* [II], o.c., pp. 56-57 y 80-81. Respecto a la batalla de Lepanto, J. de San Jerónimo pone el triunfo de la Liga Santa el 8 de Octubre de 1571 (*Memorias*, p. 80), mientras que Villacastín lo coloca en noviembre de ese año (*Memorias*, p. 45), confundiendo con el mes que Felipe II recibió la noticia oficial por medio del enviado de don Juan, estando en El Escorial; CAMPOS, F. J., «Cervantes, Lepanto y El Escorial», en *Volver a Cervantes*. Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas. Lepanto-Palma de Mallorca 2001, t. I, pp. 3-24. Es conocido que desde el comienzo Felipe II asistía con frecuencia al rezo coral de los monjes, y de hecho allí recibió la noticia oficial de la victoria de Lepanto (8-XI-1571); pues los historiadores jerónimos no se ponen de acuerdo a la hora de asignar la ubicación del monarca. Mientras para Sigüenza se colocaba «en el rincón de la mano derecha, en una silla, por hacerse allí ángulo, es algo más ancha que las otras ... Esta manera de asiento guardó, en todo el tiempo que vivió...» (*Historia*, p. 501), Sepúlveda asegura que «se ponía en la silla del Prior, con su sitial puesto»; y ratifica: «y noté que los rezaba [maitines del sábado

## 2.2. Fray Juan de San Jerónimo<sup>16</sup>

Natural de Chinchón (Madrid); ingresó en el Monasterio de San Jerónimo de Guisando, y vino al Escorial, junto con fray Miguel de la Cruz acompañando al padre Juan de Colmenar, elegido personalmente por Felipe II y nombrado vicario de San Lorenzo, como él mismo cuenta: «vino para este efecto en postrero de abril del dicho año de 1562, a quien por parte de S. M. se le encomendó que tuviese el libro de la razón de lo que se obviase de gastar en la fábrica del dicho monesterio»<sup>17</sup>.

Siguiendo la voluntad del rey profesó en San Lorenzo para vincularse definitivamente al Escorial, el 28-XII-1567<sup>18</sup>; posteriormente será archivero y bibliotecario, además de tener otras ocupaciones, entre ellas, secretario, reliquiario y capellán del rey en El Escorial<sup>19</sup>. «Sabía iluminar y entendía la perspectiva práctica, y hizo los lienços de yervas y animales que están en el aposento de su majestad»<sup>20</sup>. Habiendo sido elegido en su antiguo Monasterio de Guisando para ir a estudiar al Colegio de Sigüenza, el rey no quiso desprenderse de este eficaz religioso y se quedó en El Escorial desempeñando esos «cien oficios» de los que habla la necrología, aprendiendo también griego y hebreo del mismo Montano, «aunque poco»<sup>21</sup>.

---

santo de 1584] él también por su libro y un pontifical o ceremonial al lado» (*Historia de varios sucesos*, pp. 4 y 12). Y probablemente las dos cosas fueran ciertas. Tradicionalmente el día de Pascua de Resurrección Felipe II comía en el refectorio con la comunidad jerónima; el año 1587, por haber hecho una Semana Santa muy desapacible y estar rey achacoso, excepcionalmente no lo hizo, según dice J. de San Jerónimo (*Memorias*, p. 420) y Sigüenza (*Historia*, t. II, p. 504), mientras que SEPÚLVEDA asegura que sí estuvo (*Historia de varios sucesos*, p. 35).

16. *Memorial Sepulcrales*, San Lorenzo del Escorial 2001, t. II, pp. 753-754; ed. de F. Pastor; ZARCO, J., *Introducción a las Memorias de Villacastín*, o.c., pp. IX-X; RUBIO, L., *Los historiadores* [II], pp. 35-70; ÁLVAREZ, S., *El Escorial en las letras españolas*, Madrid 1985, pp. 38-42, SAENZ, J., *De obra «insigne» y «heroica» a «Octava Maravilla del Mundo»: La fama de El Escorial en el siglo XVI*, Madrid 2001, pp. 233-263.

17. *Memorias*, pp. 17 y 43.

18. *Memorias*, p. 43.

19. *Memorias*, pp. 134 y 426; *Memorias Sepulcrales*, t. II, p. 753.

20. *Memorias Sepulcrales*, t. II, p. 753. Sigüenza, inspirado en la necrología, dirá que era «fraile humilde, devoto, aplicado a las cosas de dibujo y de trazas», *Historia*, p. 441.

21. *Memorias Sepulcrales*, t. II, p. 753; SAENZ, J., *De obra insigne*, o.c., pp. 234-235.

Las *Memorias* es como tradicionalmente se conoce a su amplia obra sobre El Escorial, que él escribió sin título<sup>22</sup>; en sus páginas encontramos noticias relacionadas con la comunidad jerónima del Escorial y con la religión católica, que parecen ser los factores que le guiaron a la hora de recoger lo que puso por escrito para su uso personal o de un reducido espacio, como podía ser el ámbito del monasterio. Tachar de desordenado al autor, y a su obra de parcial e incompleta, es enjuiciarla con nuestros criterios y no verla con los objetivos personales que la motivaron como obra particular y privada<sup>23</sup>. Recoge documentación y sucesos desde al capítulo general de la Orden (abril de 1561), en que se ofreció el futuro Monasterio hasta su fallecimiento en junio de 1591, aunque las últimas páginas son obra de Sigüenza<sup>24</sup>.

También a su mano se debe una introducción histórica (20 folios) que, siendo secretario, puso al comienzo del *Libro de Actos* donde fue recogiendo los acuerdos de la comunidad laurentina desde, 29-III-1567 al 5-VI-1590<sup>25</sup>. En esa introducción se reproduce las primeras 46 páginas de las *Memorias* en la edición de CODOIN, cambiando el relato de la bendición de la iglesia del Monasterio de prestado, que incluye en las *Memorias*, mientras que en el *Libro de Actos* lo sustituye por el título de paternidad, que Felipe II logró se concediese al prior de San Lorenzo<sup>26</sup>.

Aunque su obra no sea una historia completa y sistemática, tiene el enorme valor de haber sido el autor testigo presencial de todo lo relacionado con El Escorial<sup>27</sup>, anotando en qué momento del día ocurren los hechos que narra<sup>28</sup>, de transcribir muchos documentos<sup>29</sup>, que

22. Biblioteca Real del Escorial, ms. K.I.7

23. En defensa de la tesis de obra personal y privada está J. ZARCO, *Introducción a las Memorias de Villacastín*, p. IX; acusador de que falta conciencia del significado e importancia de la obra del Escorial y de gobierno o hilo argumental, J. SÁENZ, *De obra insigne*, o.c., p. 248.

24. Pp. 435-442, que corresponden a datos desde 15-X-1590 a 1592.

25. Biblioteca Real del Escorial, ff. 1-20v.

26. *Memorias*, pp. 7-46.

27. Hay ocasiones que se cita como asistente, pero sin vincular el nombre a su persona; cfr. *Memorias*, pp. 43, 61, 67, 134, 426, etc.; otras veces, en cambio, se incluye en primera persona o firma el acta como autor o testigo responsable del acto que narra; cfr. pp. 24, 30, 45, 57, 64, etc.

28. Casi siempre todas las entradas solemnes y otros actos importantes tienen lugar por la tarde, alguno de ellos por especial prescripción del rey; cfr. *Memorias*, pp. 21, 25, 51, 68, 84, 92, 145, 189, 257, 393, 402 y 421.

29. Además de cartas del rey, entre otros documentos, encontramos copias de órdenes, escrituras, relaciones, crónicas, cartas, etc., dejando constancia en todas

bien por interés personal, al principio, y como archivero, después, la convierten en una importante fuente documental a la que todos los estudiosos posteriores ha acudido a la hora de escribir sobre El Escorial, comenzando por sus propios hermanos de hábito<sup>30</sup>. Incluso si no copia literalmente más documentos, asegura, es porque son largos y el lector los podrá encontrar en otros lugares<sup>31</sup>.

En el último siglo se ha valorado de forma diferente la obra de fray Juan de San Jerónimo, a pesar de las limitaciones que reconocen los estudiosos. Para Zarco son el cimiento del que se puede partir con garantía: «Ellas son la fuente única o casi única de muchos sucesos ... es hoy por hoy el más auténtico, aunque fragmentario, el de mayor valor histórico para el estudio de los principios y primeros tiempos del Monasterio escurialense»<sup>32</sup>. Para Álvarez Turienzo, se encontrará buenas noticias, pero no historia; «quien no sepa más que lo que se dice en estos apuntes, ciertamente no sacará una idea, ni aproximada siquiera, de lo que el Monasterio es»<sup>33</sup>. Para Rubio, la preocupación de este autor gira en torno a tres círculos concéntricos: comunidad monástica, nación española y fe católica: «Memorias comenzadas tal vez puesta la mirada únicamente en el nuevo pero extendida después a otros sucesos ajenos al mismo ... nos ha dejado la historia de un aspecto del Monasterio, el de la fundación, que acaso no hubiera sido historiado después de no haber existido su escrito ... porque fue el alma de todo»<sup>34</sup>. A Sáenz de Miera se le escapa la esencia de la obra y la critica porque «no lo describe, apenas lo juzga y califica, dice poco de la dotación y el ornato y apenas nada de la planificación y del proceso constructivo ... Su escrito plasma la primera percepción jerónima del Escorial, impregnada del afán de subrayar el papel de los monjes ... Al ser poca su enjundia, fue poca su proyección»<sup>35</sup>.

ellas de que la información se ha sacado de tal documento; cfr. *Memorias*, pp. 77, 118, 119, 174, 208, 230, 276, 285, 344, 395, 397, 416, 430, etc.

30. Sigüenza afirma taxativamente que es a él «a quien se lo debe todo lo que aquí voy dando de estos principios por haber sido cuidadoso en hacer memoria de todos estos particulares», *Historia*, t. II, p. 451. Francisco de Paula Rodríguez, hombre muy vinculado al Escorial y a los jerónimos, asegura que «mas de dos cosas van escritas en esta obra copiadas de un libro escrito de su mano [fray J. de San Jerónimo] que se conserva entre los manuscritos de esta librería», *Familia Religiosa (año 1756)*, San Lorenzo del Escorial 2001, p. 64, ed. de L. Hernández.

31. *Memorias*, pp. 36, 48, 62, 69, 137, etc.

32. *Introducción alas Memorias de Villacastín*, pp. IX y X.

33. *El Escorial en las letras*, o.c., p. 39.

34. *Los historiadores* [II], o.c., p. 70.

35. *De obra insigne*, o.c., p. 263.

### 2.3. *Fray Antonio de Villacastín*<sup>36</sup>

Era natural de Villacastín (Segovia); por quedar pronto huérfano, se crió en casa de un tío, al que abandonó siendo mozo y se trasladó a Toledo, trabajando como asentador de ladrillos. Casi con treinta años, en 1539, ingresó en el monasterio toledano de la Sislea como religioso corista (que era un estadio intermedio entre sacerdote y lego, y por eso muchos historiadores le llaman, reiteradamente, padre fray Antonio, incluso él mismo), empleado en las obras del convento y en el de las jerónimas de San Pablo de aquella misma ciudad, llegando al Escorial el 1-VII-1562 por orden del rey y permaneciendo allí hasta su muerte, casi ciego, en una venerable ancianidad, el 4-III-1603.

La figura del obrero mayor del Escorial llena la fase constructiva del monasterio de forma completa y fecunda. Para Juan de San Jerónimo, «no se halló otro más experimentado en cosas de edificar que él»<sup>37</sup>; Sigüenza lo ensalza a lo más alto: «todos acudían a él; a todos los entendía, componía, concertaba y despachaba y, lo que pone espanto, contentaba... También era muy de ver las respuestas que daba a las dudas y preguntas de todos cuantos allí venían ... como si estuviera presente, como si él fuera el trazador o que lo iba ejecutando o asentando, respondía con suma resolución»<sup>38</sup>. J. de Sepúlveda llega a decir que era «como hombre que dependía de él todo ... pues el sólo ha dado calor para esta máquina y octava maravilla del mundo esté en la perfección que hoy la vemos»<sup>39</sup>.

La visión que los jerónimos dan de fray Antonio parece a todas luces exagerada, teniendo en cuenta que sólo fue obrero mayor, con las funciones amplias y precisas que sabemos tenía, y que ejerció

---

36. *Memorias Sepulcrales*, t. I, pp. 501-502; ZARCO, J., *Introducción a las Memorias de Villacastín*, pp. XI y 4-7; PORTABALÉS, A., *Fray Antonio de Villacastín*, Madrid 1944; RUBIO, L., «Los historiadores del Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial» [I], en *La Ciudad de Dios* (San Lorenzo del Escorial), 172 (1959) 505-521; VILAR BONET, M., «Fray Antonio de Villacastín, Obrero Mayor del Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial», en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* (Madrid), 71 (1963) 151-161; ÁLVAREZ, S., *El Escorial en las letras*, o.c., pp. 35-38; BUSTAMANTE, A., «Prólogo», o.c., pp. 7-19; SÁENZ, J., *De obra insigne*, o.c., pp. 265-283.

37. *Memorias*, p. 19.

38. *Historia*, t. II, p. 723.

39. *Historia de varios sucesos*, p. 14.

Fray Juan de S. Hieronimo

Fray Antonio de Villacastin

Fray Juan de la Cruz

Fray José de Sigüenza

Firmas autógrafas de fray Juan de San Jerónimo, fray Antonio de Villacastín,  
fray Juan de la Cruz y fray José de Sigüenza.

con conciencia escrupulosa, amplia experiencia y experta habilidad, como se ha reconocido<sup>40</sup>.

A pesar de todo, existe una afirmación de Sepúlveda sobre Villacastín que por lo menos abre una interrogación; asegura el jerónimo tuerto que «el sobrestante de toda esta obra quiso el rey Católico fuese el padre fray Antonio de Villacastín con mando mixto y mero imperio, para que hiciese y deshiciese como a él le pareciese»<sup>41</sup>. Fray Jerónimo era hijo de jurista y fue estudiante en Alcalá; al decir explícitamente que Villacastín tuvo el «mando mixto y mero imperio» de la obra surge la duda de si aplicó el término en el sentido legal de jurisdicción, que por analogía se pudiese trasladar a las funciones netas que tuvo en la construcción, o sólo de forma metafórica<sup>42</sup>. No se olvide que Sigüenza asegura que fray Antonio vino «por obrero general, debajo de cuyo gobierno se había de ejecutar todo»<sup>43</sup>.

Villacastín nos dejó unas breves notas o apuntes, conocidos tradicionalmente como *Memorias*, pero que no tituló<sup>44</sup>, «hechos para el uso exclusivo de su autor, como lo indica su lectura»<sup>45</sup>. Aprovechando un pequeño cuaderno pautado donde fray Miguel de la Cruz había anotado los nombres de los primeros religiosos que habían venido al Escorial cuando se trasladó como procurador a San Lorenzo acompañando al vicario, padre Juan de Colmenar, fray Juan de San Jerónimo, y que él llamó *Modus confitendi*<sup>46</sup>; a ese cuaderno se le quitaron las diez hojas ya escritas y fue utilizado por fray Antonio<sup>47</sup>. De manera muy lacónica va dejando noticia de la marcha de la obra —en

40. RUBIO, L., *Los historiadores* [I], o.c., p. 509; BUSTAMENE, A., *Prólogo*, o.c., pp. 12-13.

41. *Historia de varios sucesos*, p. 353.

42. Un juez tenía jurisdicción amplia (mero imperio) cuando ésta llevaba implícita el derecho de vida y muerte; si sólo podía imponer penas moderadas, entonces tenía jurisdicción limitada (mixto imperio). SÁNCHEZ-ARCILLA, J., *Historia del Derecho*, I. *Instituciones políticas y administrativas*, Madrid 1995, p. 668.

43. *Historia*, t. II, p. 442.

44. Biblioteca Real del Escorial, ms. f.IV.34. En el fol. 1v se lee: «es de mano de fray Antonio de Villacastín, alias fray Antonio Moreno, Prefecto de la Fábrica de sant Laurencio el Real y su Alcaide y de sus Fortalezas y Palacios. RIP». Letra de comienzos del siglo XVII; aquí también nos encontramos con los enigmáticos términos de «prefecto» y «alcaide», ignorando el contenido que le quisieron dar, pero cerrando una indudable preeminencia.

45. ZARCO, J., *Introducción a las Memorias de Villacastín*, p. XI.

46. SAN JERÓNIMO, J. de, *Memorias*, p. 16.

47. ZARCO, J., *Introducción a las Memorias de Villacastín*, p. 39; RUBIO, L., *Los historiadores* [I], o.c., pp. 513-517.

sus aspectos constructivos— de forma concisa y de asuntos relacionados con la orden jerónima, además de recoger algunos hechos históricos que le llaman la atención, siguiendo muy de cerca la descripción de fray Juan de San Jerónimo<sup>48</sup>.

Su escrito comprende desde Abril de 1562, con los preparativos de la obra del monasterio, hasta la consagración de la basílica (30-VIII-1595); muy simbólicamente Sigüenza cierra su obra con la biografía de fray Antonio para que «sirva de clave en este edificio espiritual, pues dio principio y puso la postrera piedra de esta fábrica tan insigne»<sup>49</sup>. En esta línea panegirista nos hace ver que Villacastín fue la pieza central —clave ha dicho más arriba— de la obra del Escorial por encima de todos y casi a la par de Felipe II. «Le mandó llamar [el rey] a menudo y oía sus pareceres, y vino a estimarle en tanto, que ninguna cosa quiso hiciese el Arquitecto Juan de Herrera que no la comunicase con fray Antonio primero, y si no le contentaba, tampoco le contentaba al rey»<sup>50</sup>. Sigüenza olvida que en el duro enfrentamiento Villacastín-Herrera sobre el labrado de las piedras de la basílica, Felipe II resolvió «se siguiese el orden del Arquitecto»<sup>51</sup>, pero es cierto que aceptó el sistema propuesto por el religioso de dar la obra de la basílica a destajo<sup>52</sup>, y en el fuego también ordenó se siguiese lo propuesto por el obrero mayor, que se oponía a la opinión mayoritaria<sup>53</sup>.

A la mano de fray Antón, como él gustaba llamarse, según Sigüenza, se debe una carta escrita a Jehan Lhermite (4-III-1600), por mano de fray Juan de Olmeda, al estar «ciego de los ojos»<sup>54</sup>. Aprovecha la ocasión de responder a una recibida del flamenco para informarle cumplidamente, «y pues vuesa merced va a su propia patria está bien que lleve algunas cosas de las grandezas desta Casa que contar allá (...) como persona que lo ha visto por sus ojos, y podrá dar fee dello como

48. RUBIO, L., *Los historiadores* [I], o.c., pp. 511-513, 517-518 y 519.

49. *Historia*, t. II, p. 719. Y casi providencialísticamente dirá que «vino o trájole Dios» (p. 442), y que tiene las principales partes en todas las escenas de este poema, a veces trágico, a veces cómico», p. 479.

50. *Historia*, t. II, p. 724.

51. *Historia*, t. II, p. 471.

52. *Historia*, t. II, p. 469.

53. *Historia*, t. II, p. 479, siguiendo a Juan de San Jerónimo, cfr. *Memorias*, p. 198.

54. Texto, en ZARCO, J., *El Monasterio de San Lorenzo el Real del Escorial*, Madrid 1926, pp. 216-221; un comentario, en SAENZ, J., *De obra insigne*, o.c., pp. 277-283; RUBIO, L., *Los historiadores* [I], o.c., pp. 519-521.

testigo de vista»<sup>55</sup>. Aquí si es Villacastín, dentro de sus limitaciones, perspicaz, y quiere que en Flandes Lhermite hable con conocimiento de la gran obra filipina; la carta busca un fin propagandístico, dándole al remitente una visión general, pero con detalles significativos, de algunos temas claves: costo, trazas, librerías, reliquias, órganos, artistas, división del edificio, etc. En ambos escritos se mostró «sin interés ninguno interpretativo. Fray Antonio no era el hombre indicado para percatarse de la significación del monumento, ni menos para transmitirnos su idea en caso de haberla poseído»<sup>56</sup>.

#### 2.4. Fray Juan de la Cruz<sup>57</sup>

Religioso profeso del Monasterio de San Bartolomé de Lupiana al que hay que incluir entre los historiadores jeronimos del Escorial por ser miembro de la orden y por haber tratado del Monasterio de San Lorenzo el Real en su *Historia de la Orden de San Jerónimo*<sup>58</sup>. Obra oficial, puesto que fue mandada hacer por los superiores<sup>59</sup>, lo que hace suponer que pierde espontaneidad en el relato; incluso quizá su visión del Escorial no agradó y la obra, dispuesta para la impresión, quedó inédita en la biblioteca de San Lorenzo, pasando el encargo de historiar la orden a Sigüenza<sup>60</sup>.

Su visión del Escorial está dentro de la historia oficial de la Orden siguiendo la dirección jeronimiana de la mayoría de este tipo de obras, algo más acentuada, puesto que no es religioso de San Lorenzo, sino de la casa generalicia, y la escribe con la información que recibió más la documentación consultada<sup>61</sup>. Texto breve y obligatoria-

55. Carta, pp. 216 y 221.

56. ÁLVAREZ, S., *El Escorial en las letras*, o.c., p. 37.

57. VILLALBA, L., *El P. Sigüenza...*, o.c., t. I, pp. LXXIII-LXXXIII, y CLVIII-CLXI; RUBIO, L., *Los historiadores* [II], o.c., pp. 97-98; SÁENZ, J., *De obra insigne*, o.c., pp. 423-433; RUBIO GONZÁLEZ, L., *Valores literarios del padre Sigüenza*, Valladolid 1976, pp. 118-128.

58. Biblioteca Real del Escorial, mss. &.II.19, ff. 391v-394v y &.II.22, ff. 1-5v. Transcripción de L. RUBIO, en *Los historiadores* [II], o.c., pp. 99-114, llamadas, respectivamente, primera y segunda redacción.

59. «... por ponerse en medio la obediencia que lo ha querido y ordenado así», ms. &.II.19, f. VIv.

60. CAMPOS, F. J., «Estudio preliminar» a la *Historia de la Orden de San Jerónimo del P. Sigüenza*, o.c., t. I, pp. 10-11.

61. «Con todo esto he puesto gran cuidado en ver otros libros y papeles antiguos... y no ha sido poca solicitud la que en esto y en todo lo demás de esta historia

mente genérico, puesto que al no haber residido en San Lorenzo no tiene experiencia personal de la obra ni detalles vividos con los que personalizar el relato. Su descripción comienza con el ofrecimiento de la casa hecho por Felipe II al capítulo general de la orden de 1561, y termina en 1591, que es cuando finaliza su obra.

### 2.5. *Fray José de Sigüenza*<sup>62</sup>

Natural de Sigüenza (Guadalajara), donde nace en 1544 y estudia en su Universidad. Tras intentar ingresar en el Orden de San Jerónimo es rechazado por ser muy joven; tampoco consigue enrolarse en la armada contra los turcos, y sigue estudiando; con veintidós años llama de nuevo a las puertas del Monasterio del Parral, donde es admitido, profesando el 17-VI-1567. Los superiores le envían a perfeccionar estudios en el Colegio de Párraces, anejado al Escorial, y cuando sea trasladado al mismo San Lorenzo, en 1575<sup>63</sup>.

Después de ser superior en el monasterio segoviano, enamorado de la casa en la que se había formado, pide traslado al Escorial y se vincula para siempre con esta casa en mayo de 1590. Tras la muerte de fray Juan de San Jerónimo, en 1591, le sucede en los cargos de archivero y bibliotecario, entrando en contacto con Arias Montano, de

---

se ha puesto por haver estado en todo tan solo y sin tener el favor de otros», ms. &.II.19, Introducción, f. IX.

62. SANTIAGO, B. de, «Necrología del P. Sigüenza», en *Memorial Sepulcrales*, t. I, pp. 227-237; SANTOS, F. de los, *Quarta Parte de la Historia de la Orden de San Jerónimo*, Madrid 1680, pp. 694-715; SAN NICOLÁS, P. de, «Építome de la vida del P. Sigüenza», en *Instrucción de Maestros, escuelas de Novicios, del P. Sigüenza*, Madrid 1717, s.p.; VILLALBA, L., *El P. José de Sigüenza*, o.c., t. I, pp. XXIII-CCCXCVII; RUBLIO, L., *Los historiadores* [III], o.c., pp. 70-97; ÁLVAREZ, S., *El Escorial en las letras*, o.c., pp. 49-65; RUBIO GONZÁLEZ, L., «Estudio crítico de los valores literarios de Fray José de Sigüenza», en *Studia Hieronymiana*, Madrid 1973, t. I, pp. 399-482; MADRID, I. de, «Sigüenza, José de, OSH», en *Diccionario de Historia Eclesiástica de España*, Madrid 1975, t. IV, pp. 2476-2477; BLASCO, S., «La descripción del El Escorial de fray José de Sigüenza», en *El Escorial: Arte, poder y cultura en la corte de Felipe II*, Madrid 1989, pp. 37-63; CAMPOS, F. J., «Estudio preliminar» a la *Historia de la Orden de San Jerónimo*, o.c., t. I, pp. 7-43.

63. Que se sepa, estuvo en El Escorial los cursos 1575-1576, y 1579-1580; también lo encontramos temporalmente en momentos que le cupo el honor de venir a predicar; por ejemplo, el último sermón de la iglesia de prestado y el primero de la basílica (25-VII y 10-VIII-1586), en 1587, etc.

quien tanto aprenderá<sup>64</sup>; también será catedrático de Sagrada Escritura en el colegio. Por envidias es denunciado al tribunal del Santo Oficio de Toledo y sobreseído su caso, en 1592 regresa a San Lorenzo, donde será elegido prior en 1603 y reelegido de nuevo en 1606, falleciendo ese mismo año, el 22 de mayo, después de cubrir una etapa gloriosa para El Escorial y de completar una carrera personal llena de logros como religioso y como hombre de letras divinas y humanas.

A la vuelta de la reclusión en el monasterio toledano de la Sisla, se le encarga la redacción de la *Tercera Parte de la Historia de la Orden de San Gerónimo* (1594?)<sup>65</sup>, obra que acomete con temor y temblor<sup>66</sup>; los Libros III (la fundación) y IV (descripción) de la Tercera Parte, son los que dedica al Escorial<sup>67</sup>. Al comienzo deja clara su postura personal y su visión de la fábrica con la rotundidad que le caracteriza; mas que prólogo es un manifiesto:

- «Pretendo... [dar] cumplida noticia de la ilustre fábrica del Monasterio de San Lorenzo el Real, que, sin agraviar a ninguna, osaré decir que es de las más bien entendidas y consideradas que se han visto en muchos siglos y que podemos cotejarla con las más preciosas de las antiguas...

64. FLÓREZ, R., «Arias Montano y Fray José de Sigüenza en la ordenación de saberes de El Escorial», en *Felipe II y su época*. Actas del Simposium. San Lorenzo del Escorial 1998, t. II, pp. 549-591.

65. «poniéndole en la ocasión de su mayor lucimiento por la obediencia, para que a pesar de la envidia, no pudiese dudarse lo mucho que merecía». SANTOS, F. de los, *Quarta Parte de la Historia de la Orden de San Gerónimo*, Madrid 1680, p. 705. Los mss. autógrafo de Sigüenza (partes I-III), en la Biblioteca Real del Escorial, T.III.27; a.IV.1; a.IV.2; ç.III.3, ff. 1-190v; &.II.22, ff. 35-138v.

66. «Más lo que a mi parecer acabó de echar por tierra mis designios [de vivir apartado] fue el encargarme que escribiese esta historia ... Confieso que entré en ella a ciegas y de buena gana... Como no tenía experiencia, hacíase dulce la jornada. Con el gusto comencé a correr por ella ... ya iba escarmentando de mi atrevimiento y trasluciéndose la dificultad, y de buena gana dejé la empresa a los otros. No me aproveché ... Me mandaron que no desistiese de ella, añadiendo que ya que estaba de alguno comenzada en latín, la podía yo hacer en romance». Dedicatoria «A la religión de San Jerónimo», en *Vida de San Jerónimo Doctor de la Santa Iglesia* (Parte Primera de la Historia de la Orden), Madrid 1853, pp. XXIX-XXX.

67. Consta que está escribiendo la Segunda Parte en 1597, cfr. t. I, p. 462, y la Tercera lo está haciendo en 1602, cfr. t. II, p. 443, reinando Felipe III, t. II, pp. 461, 483 y 528; alguna vez refiriéndose al pasado, pero escribiendo cuando ya han cambiado las cosas, habla del príncipe llamándolo don Felipe III, t. II, p. 496.

- En grandeza y majestad excede a cuantas ahora conocemos, ni se rinde a alguna de las antiguas...
- Si yo acertara a decirlo, desde hoy se podrá ir continuando la noticia...
- Quien viere este edificio cual le pintare aquí y cual él se representa entero ... podrá decir lo que dijo Galeno en su libro ... que había escrito un libro de las alabanzas de Dios, y lo mismo podrá decir quien advirtiere bien las de este convento, que es un excelente traslado de ella...
- Y al fin todo tan parecido a las fábricas divinas, que dirán salió todo de una traza, y para unos mismos o mejores fines...
- Aquí, como en otro Templo de Salomón, a quien nuestro patrón y fundador Felipe II fue imitando en esta obra, suenan de día y de noche las divinas alabanzas...
- Discursos los llamo, para tomar licencia más ancha de la que sufren las leyes de pura historia, aunque no bastará advertirlo para los que tienen gana de hallar tachas en las obras ajenas...
- Vi por mis ojos abrir la mayor parte de sus cimientos, cerrar los arcos, cubrir las bóvedas, rematar las pirámides y las cúpulas y levantar sobre los más altos capiteles las cruces...»<sup>68</sup>.

La *Historia* del padre Sigüenza se convirtió pronto en la obra de referencia al hablar del Escorial; su texto fue el complemento que acompañó de forma explicativa y razonada las imágenes de Herrera grabadas por Perret, y la forma de decirlo alzó a Sigüenza a la altura de los clásicos castellanos y maestros en el arte del buen decir. Dentro de una sinfonía de elogios<sup>69</sup>, dos voces críticas recientes han censurado la obra del inmenso jerónimo escurialense: L. Rubio<sup>70</sup> y A. Bustamante<sup>71</sup>. Te-

68. *Historia*, «Prólogo al Libro Tercero», t. II, pp. 429-431.

69. Puede verse una antología en CAMPOS, F. J., «Estudio preliminar» a la *Historia de la Orden de San Jerónimo*, o.c., pp. 26-29.

70. Afirma que «tenemos que darle algunos palos porque también se los merece», y enumera que no diga bastante detallado lo que toma de J. de San Jerónimo, que no verifique los deslices del primer historiador y los trasmita, que como hombre del renacimiento rechace los monumentos del medievo, etc.; reconoce que su obra es una verdadera *Historia del Monasterio* y que tiene algunas cosas originales de mucha importancia. *Los historiadores* [II], o.c., pp. 70-93.

71. Aunque reconoce que la *Historia* de Sigüenza «es tan perfecta, que sigue siendo obra insuperable en el siglo xx», luego asegura que «para conocer el Monasterio de

niendo en cuenta sus circunstancias personales y las características de su obra, limitada en algunos puntos –no se olvide que es obra de historia eclesiástica y para religiosos–<sup>72</sup>, nosotros seguimos rindiéndonos ante lo que dice y la forma de decirlo, reconociendo que la sombra del Escorial es y será siempre el adusto fraile jerónimo. Una síntesis donde se aúnan maestría literaria, intereses personales y objetivos institucionales es el Discurso XI de la Tercera Parte; bellísima descripción de vida cotidiana de las obras, relato de historia ambiental de la construcción, constancia de la presencia de la Orden de San Jerónimo, protagonismo de la actividad del rey y de la familia real en los sucesos que ocurren, etc.<sup>73</sup>

De mano de Sigüenza tenemos otra obra sobre El Escorial, escrita en 1598, que, como introducción y resumen, se puso al comienzo de las *Memorias Sepulcrales*<sup>74</sup>. Con marcado acento religioso y jeronimiano dedica la obra «a la memoria de los primeros fundadores deste tan insigne convento ... al consuelo de los que tras nosotros vinieren para que sepan por quales passos llegó hasta ellos, desde su principio, esta Casa; y de cuyas manos recibieron tan preciosa Joya»<sup>75</sup>.

## 2.6. Fray Jerónimo de Sepúlveda<sup>76</sup>

Aunque su vida religiosa se desarrolla mayoritariamente en el siglo xvii, el hecho de haber convivido con los tres grandes historiadores jeronimicos del Escorial –San Jerónimo, Villacastín y Sigüenza– e historiar el origen de San Lorenzo, hace que incluyamos obligatoriamente su obra en la centuria anterior.

---

San Lorenzo el Real, lo primero que hay que hacer es neutralizar la visión que Sigüenza da de él», haciéndole responsable de haber creado la leyenda rosa de Felipe II y de ser hábil maestro en ocultar parte de la verdad en lo que cuenta. *Prólogo*, o.c., pp. 9, 12 y 11, resp.

72. «Mi intento es escribir en esta segunda parte la historia de su religión e hijos. No menos atrevimiento que el primero [la vida de San Jerónimo], por muchas razones...», *Historia*, t. I, p. 53. Cuando en la parte del Escorial habla del Felipe III y del viaje que hace a Valencia para su boda, se calla prudentemente porque «no es de esta historia ni de mi profesión referir la majestad y magnificencia con que se solemnizaron, sujeto para más altos historiadores», t. II, p. 555.

73. T. II, pp. 481-487.

74. T. I, pp. 183-189.

75. *Memorias Sepulcrales*, t. I, p. 183.

76. *Memorias Sepulcrales*, t. I, p. 455; ZARCO, J., *Introducción a la Historia de varios sucesos*, pp. V-XI; RUBIO, L., *Los historiadores* (II), o.c., pp. 93-97

—+—

1

Libro de las <sup>Memorias</sup> ~~Actas~~ Capitulares deste Mon. de S<sup>t</sup> Lourenço el Real el qual comienza desde la primera fundacion del dicho Mon. como se p<sup>u</sup>en en este libro.

Q<sup>u</sup> Aviendo Recibido el Rey Don Philippe nro S<sup>er</sup>mo segundo deste nombre sus Reynos en vida del Em<sup>per</sup>ador D. Carlos quinto su padre, tan perñados de guerra quanto nunca jamas estuvieron. acuya causa se puso su Mage<sup>stad</sup> en campo sobre Sanquintin en Francia que alinda con sus estados. — El Rey Enrico socorrio su Ciudad con el mayor poder que pudo que fue el de toda francia. y estuvo muy apuro de venir personal mente si su pñte solo continencia. Pero embio los suyos. y parte dellos se metieron en Sant Quintin. y parte venian para el mismo efecto con el socorro de su Mage<sup>stad</sup>. donde se dio la Batalla y fue la victoria qual toda saben. la qual se dio en el dia del glorioso y bionaventurado S<sup>t</sup>. Lourenço que fue en el año de 1554. — las que la rompieron fue la Cavalleria de España. hallase su Mage<sup>stad</sup> en campo armado de armas entera a todo franco. fue desbaratado el campo contrario. y preso la flor de francia. donde soldados que no tenian mas de supersonas o vieron presos de gran rescate. y los quells no lo fueron quedaron como en corrae en cerrador en S. Quintin para serlo desde a quatro dias. Quiso mas prisioneros ovo fue su Mage<sup>stad</sup> los quales rescato por muy gran precio. y fue. por que libremente los solto con muchos mercedes que les hizo. Pero bien se lo pagaron. porque le dieron sus corazones. no sola m<sup>te</sup> de los presos. y sus prisiones y amigos. Pero de toda francia que lo vio. y de todas las del mundo que lo oyeron. De cuya victoria resulto tanta paz y sosiego qual to da España y francia saben y han experimentado

Natural de Ayllón (Segovia), estudia en Alcalá en el Colegio de San Jerónimo o de Lugo, que fundó su ilustre paisano don Fernando Vellosillo obispo de Lugo<sup>77</sup>. A fines de 1583 (día de San Nicolás, 6 de diciembre) tuvo lugar la «guerrilla de Alcalá», que fue una revuelta notable entre el rector de la Universidad y el vicario de la ciudad con participación de los estudiantes, divididos y enfrentados, resultando algunos heridos graves y muy mal tratado el Corregidor de la villa; para restablecer el orden y hacer justicia, el Consejo Real envió un *Alcalde de Corte*, «que fue causa que muchos estudiantes desamparasen la Universidad, y yo no fui de los postreros»<sup>78</sup>.

Dirigió sus pasos al Escorial, donde pocas semanas después lo encontramos «recojigo al puerto seguro de la religión»<sup>79</sup> de San Jerónimo donde tomó el hábito el 24-I-1584, año en que se terminaron oficialmente las obras de San Lorenzo. «Murió de una profunda melancolía que no parecía podía entrar en aquel sujeto», como recoge el autor de su lacónica necrología, el 26-VIII-1634<sup>80</sup>. Por tener mala vista, como él confiesa, o pérdida la visión de un ojo, fue conocido y así consta en muchos documentos, como «el tuerto».

Su obra se inscribe en el interés general y la curiosidad personal, según explica el título *Historia de varios sucesos y de las cosas notables que han sucedido de veinte años a esta parte en toda España y en toda la Iglesia Católica y otras naciones desde el año de 1584 hasta el de 1603*<sup>81</sup>. Aunque el capítulo XV sea el dedicado expresamente a describir la Casa de San Lorenzo<sup>82</sup>, es interesante leer todo el volumen primero dedicado al reinado de Felipe II, porque encontramos textos, alusiones y sugerencias que nos informan de la mentalidad, criterios e interés del autor, en línea personal e institucional con los textos de sus hermanos de hábito.

77. Las Constituciones databan de 1569 y fueron retocadas en 1586; estaba dotado para doce colegiales entre dieciséis y veinticinco años que estudiasen Artes y Teología. ENTRAMBASAGUAS, J., *Grandeza y decadencia de la Universidad Complutense*, Madrid 1996, p. 148.

78. *Historia de varios sucesos*, p. 3.

79. *Ibid.*

80. *Memorias Sepulcrales*, t. I, p. 455.

81. Autógrafo, Biblioteca Nacional, Madrid, mss. 2576 y 2577.

82. Ms. 2576, ff. 228v-251.

Predominan las motivaciones personales que le inclinan a recoger unos temas y extenderse en otros, aunque pretenda ser una obra bastante general. «Metido y engolosinado y engolfado en tantas cosas como tenía que contar, se me había olvidado de contar cómo al principio de este trienio el Rey Católico...»<sup>83</sup>.

Como otros jerónimos, reconoce que sin moverse del Escorial ha buscado información en testigos presenciales de los sucesos que narra: «y las he contado y referido como a mi me las contaron; y con esto me contento y me parece no he hecho poco en contar tantas cosas como tengo dichas, estando siempre encerrado y metido dentro de cuatro paredes, sin salir de aquí ni un paso ... pues no he salido de los límites de mi convento»<sup>84</sup>.

### III. LA VISIÓN DEL ESCORIAL

En este lugar nos vemos obligados a mostrar una breve panorámica de aquellos temas más sobresalientes recogidos en las páginas de la historiografía jerónima –reiterados en todas las obras– como confirmación de lo ya dicho; salvo alguna cita textual, que llevará su nota correspondiente, sería enojoso ir citando al pie de página tantas notas como tendremos que hacer a las fuentes, por tanto haremos la referencia en el mismo cuerpo del trabajo, citando entre paréntesis con las siglas siguientes:

– Fray Juan de San Jerónimo: *Memorias* (JSJ-M); *Libro de Actos* (JSJ-LA)<sup>85</sup>.

83. *Historia de varios sucesos*, p. 184. Refiere la historia de un falsario que se hizo pasar por profeta en Madrid, porque «fue una de las cosas notables que han sucedido en nuestra España muchos años ha, y por tal las pongo aquí para que quede en memoria», p. 84. También recoge una fortísima tempestad ocurrida en El Escorial, el 12-VIII-1592, «y por ser cosa notable la puse aquí, y cierto que lo fue, por ser en tal tiempo», p. 143 etc.

84. *Historia de varios sucesos*, p. 108. Cuenta el famoso asunto de la monja de las llagas (la portuguesa sor María de la Visitación, OP); «luego se divulgó por toda España y se imprimió su sustancia, y yo la he leído de molde en esta Casa de San Lorenzo, y de allí la saqué y la puse como allí estaba», p. 70.

85. Como el *Libro de Actos* reproduce casi literalmente las 46 páginas primeras de las *Memorias*, no incluimos en esas referencias las citas de esa introducción, salvo algún caso concreto, y quede constancia de que ahí también se repiten los temas.

- Fray Antonio de Villacastín: *Memorias* (V-M); *Carta a Jehan Lhermite* (V-CL).
- Fray Juan de la Cruz: *Historia de la Orden de San Jerónimo*, ms. &.II.19, ff. 391v-394v (JC-IR); ms. &.II.22, ff. 1-5v (JC-IIR).
- Fray José de Sigüenza : *Historia de la Orden de San Jerónimo* (S-H); *Introducción a las Memorias Sepulcrales* (S-MS).
- Fray Jerónimo de Sepúlveda: *Historia de varios sucesos...* (JS-H).

### 3.1. *Fines de la fundación*

Por tema clave todos los historiadores incluyen los motivos que animaron a Felipe II para hacer esta fundación, y si bien es cierto que lo oficial fue lo que se plasmó en la Carta de Fundación y Dotación (22-IV-1567), para eterna memoria, aún escrito y conocido el mencionado documento siguieron las dudas y fluctuaciones interpretativas de los fines fundacionales, según leemos las diferencias que recogen los historiadores jerónimos, aunque no sean opuestas.

En la Carta de Fundación Felipe II señala como fines:

- Reconocimiento de los beneficios obtenidos y que recibe de Dios...
- Reconocimiento a Dios porque guarda sus reinos en fe, religión, justicia y paz...
- Para que se ruegue e interceda a Dios por él y por los demás monarcas y sus almas, y por la conservación del Estado...
- Por consideración el ruego funerario del emperador expresado en el Codicilo de Yuste...
- Para que sea lugar de enterramiento para él y demás miembros de la familia real española<sup>86</sup>.

86. Texto de la Carta, en *Documentos para la Historia del Monasterio de San Lorenzo el Real de El Escorial*, Madrid 1917, t. II, pp. 71-72. ed. de J. Zarco; un estudio crítico por F. J. Campos en *La Ciudad de Dios* (San Lorenzo del Escorial), 197 (1984) 295-382.

Para Juan de San Jerónimo los motivos se reducen a recordar la victoria de San Quintín y para enterramiento real (JSJ-M, 7-9); Villacastín sólo señala que prometió el rey fundar un monasterio y dedicarlo a San Lorenzo por el de frailes –luego corregido por monjas– que se había destruido en San Quintín (V-M, 11). Para Juan de la Cruz el fin primario es el funerario, siguiendo la voluntad de emperador (JC-IR, 100; IIR, 106), completada con la devoción al santo español en cuyo día obtuvo la victoria de San Quintín (JC-IR, 100; IIR, 105), y termina asegurando que «el fin y el cumplimiento de esta santa Fundación está perfecto y acabado y tiene todo lo que debe tener» (JC-IIR, 111). No pasa desapercibido que sugiera también una connotación espiritual, calificando la determinación, propósito o intento de Felipe II, de santos (JC-IR, 99 y 101; IIR, 106).

Más complejo Sigüenza, explicita los motivos fundacionales como ninguno, justificándolos desde el punto de vista político y teológico y completando la exposición con elementos dinásticos y providencialistas. Para él, Felipe II concibió el Monasterio en lo hondo de su pecho (S-H, 434) como servicio a la victoria de San Quintín (S-H, 432), como promesa y no como voto (S-H, 433), teniendo en cuenta que, como en una ordalía, Dios había declarado injusta la causa francesa (S-H, 432), peleando por España como comprobó el mismo rey francés (S-H, 433). Afirma que el primer motivo y factor desencadenante fue el hacer un lugar de culto a San Lorenzo (S-H, 434), pero luego lo une con el fin primario (S-H, 458) y los junta en una simbiosis premeditada impecable: el Monasterio se levanta para honrar a San Lorenzo, estará en manos de los jerónimos y será lugar de enterramiento (S-H, 434); incluso en otro lugar llegará a dar prioridad absoluta –no única– al carácter funerario (S-MS, 183-184). Todo ello ratificado con la inclusión del texto de la Carta de Fundación (S-H, 435).

Jerónimo de Sepúlveda reduce los motivos fundacionales de forma taxativa al voto hecho por Felipe II con motivo de la batalla de San Quintín, ampliándolo después al carácter funerario, más en sentido de lugar de sufragios que de panteón (JS-H, 350 y 351).

Aunque sólo sea de pasada, dejamos constancia de que tras una lectura sosegada de todas las fuentes, observamos cómo Felipe II se ocupa personalmente y se preocupa institucionalmente por el tema funerario: fin del monasterio, lugar de enterramiento, traslado de los cuerpos, ceremonia de recibimiento, colocación provisional y definitiva de los restos, sufragios extraordinarios y ordinarios, etc. (JSJ-M, 83-88, 90-118 y 407-411; S-H, 458-461, 494, 501-503 y

509); sin embargo, llama la atención que en ninguna ocasión estuviera presente –no la recogen las fuentes jerónimas, amplias en este tema– en algún acto directo relacionado con los cuerpos de los difuntos de su familia. Tenemos tres textos significativos que nos dejan entrever a un Felipe II sobrecogido por el tema de la muerte; los dos primeros son de Juan de San Jerónimo, quien asegura, cuando la traslación de los cuerpos al emplazamiento definitivo en la bóveda debajo del altar mayor, en noviembre de 1586: «El Rey nuestro Señor no se quiso hallar en esta traslación y así envió desde Madrid el orden que se había de guardar y tener...» (JSJ-M, 410), y poco antes ha transcrito la orden del rey en la que aseguraba que «con la dicha traslación se habrá cumplido mi voluntad» (JSJ-M, 408), dando a entender que de forma definitiva; el último texto es de Jerónimo de Sepúlveda, quien da una explicación más personal por la ausencia de Felipe II: «El Rey Católico dexó mandado que en saliendo él desta Casa se pasasen luego los cuerpos reales de la iglesia vieja adonde estaban a la nueva, y se pusiesen adonde ahora están, y él mesmo dexó escrito cómo había de hacerse. Túvose por sin duda estuviera presente a esto el mesmo Rey Católico, pero por no recibir pena no quiso hallarse a ello, que se la diera muy grande» (JS-H, 30).

Tampoco se le escapan a Juan de San Jerónimo unos detalles significativos relacionados con los fines queridos por Felipe II para su monasterio. Si estamos ante una fundación religiosa, el rey debe tener en cuenta que hay unos derechos fundamentales a la Iglesia en cuyo seno hace esta obra; tanto en la bendición de la iglesia del Monasterio de prelado (6-I-1568) como en la de la iglesia de prelado del Monasterio de San Lorenzo (13-VI-1571), fueron oficiadas por fray Bernarado de Frexneda, obispo de Cuenca y confesor de S. M.; en ambos casos «predicó a S. M. sobre las inmunidades de la iglesia, encargándole mucho las haga guardar» (JSJ-M, 44 y 70). Es interesante compararlo –por el puesto que ocupa cada uno y, por lo tanto, desde qué intereses hablan y a quien van dirigidas directamente sus palabras– con la homilía que pronunció el predicador real, también religioso pero no obispo, fray Francisco de Villalva, el 10-VIII-1571; en el sermón el monje jerónimo «dio muchos avisos a los padres fundadores para que con mucho fervor ayuden con su buena vida y virtud a la grande devoción del muy católico Rey D. Filippe nuestro Señor...» (JSJ-M, 79).

### 3.2. *La Orden de San Jerónimo*

El haber elegido Felipe II como moradores de San Lorenzo del Escorial a los jerónimos significó el encumbramiento de esta casa hasta ocupar un puesto de protagonista en el ámbito interno de la religión, como a la orden en el panorama eclesiástico de los regulares españoles.

A partir del ofrecimiento del futuro monasterio hecho al capítulo general en abril de 1561 y la aceptación del mismo, la Orden de San Jerónimo experimentó institucionalmente un cambio radical, puesto que a partir de entonces todo girará en función del Escorial, con envidias y celos de algunos monasterios y algunos religiosos que veían la mudanza de las cosas<sup>87</sup>. No es extraño que la *Historia General de la Orden* haya sido escrita por monjes escorialenses (Si-güenza, Santos, Núñez, publicadas las dos primeras en su momento), mientras que los otros dos casos (Juan de la Cruz y Sagedo) hayan quedado inéditas, conservándose los originales en la biblioteca laurentina.

---

87. En la misma época fundacional la casa de San Lorenzo contó con críticas, provenientes de la dureza de la vida, de las jornadas interminables de rezo, de las cargas de fundación, etc.: «Que el padre Prior advierta que se entiende que algunos de los religiosos que han ido de Guadalupe a San Lorenzo y de otras casas, desautorizan la de San Lorenzo, para que no huelguen de ir a ella los religiosos de otras sino de muy mala gana y contra su voluntad, que es de mucho inconveniente y mal ejemplo...», «Puntos para tratar con el P. Prior Fray J. de Tricio», en MODINO, M., *Los Priors de la construcción del Monasterio de El Escorial*, Madrid 1985, t. II, p. 175; «allende de esto es gran lástima considerar que en tal casa como ésta, los frailes, comúnmente, y por la mayor parte, están de muy mala gana y descontentos, y los de fuera temen venir a morar en ella, lo cual fuera justo ser lo contrario», «Carta al Rey», en *Ibid.*, p. 260; para el tema de la redacción del «libro de costumbres», cfr. CAMPOS, F. J., *Un manchego en los orígenes del Escorial: Fray Hernando de Ciudad Real, tercer prior (1571-1575)*, Ciudad Real 1989, pp. 25-28«... muchos de estos días el tiempo que ha estado aquí su Majestad ha habido catorce y quince horas de coro, que parece imposible... que esta casa [monasterio del Escorial] estaba infamada en toda España, no de enferma sino de trabajosísima, y de que todos los frailes estaban descontentos y como forzados...». Carta conventual de 11-X-1598, publicada por E. ESTEBAN, en *La Ciudad de Dios* (San Lorenzo del Escorial), 28 (1982) 133-135; «en lo que es el culto eclesiástico, los cantos y los loores de Dios, la policía y ornato de la iglesia, la compostura del coro, sagrarios, altares, misas, ninguna religión le ha igualado y a todos sin agravio ha excedido... Quien quisiere hacer la prueba de lo que digo... véngase uno de los días más moderados a esta casa de S. Lorenzo el Real, donde esto se escribe, y verá que no me adelanto nada», SIGÜENZA, J. de, *Historia*, t. I, pp. 91-92.

Un dato que recogen todos para hablar de la importancia de la nueva casa y justificar los cambios de planes, una vez que están avanzadas las obras, es el del número de religiosos y del aumento que hay que hacer para llegar a formar la comunidad necesaria que pueda hacer frente a las cargas espirituales (canto del Oficio Divino, sufragios, vela al Santísimo, etc.) que el fundador va añadiendo al proyecto inicial, con algunas oscilaciones; incluso sabemos el número de monjes que hay y participan en momentos concretos. Juan de San Jerónimo nos dice en sus *Memorias* que será un monasterio de ciento cuarenta religiosos (p. 8), o cien más los colegiales y los frailes de servicio del colegio (p. 71), aunque inicialmente estaba pensado para cuarenta más el prior (p. 38); en 1570 hace un reparto de los monjes necesarios como mínimo y de los que hay en esos momentos y se da cuenta de que hacen falta más (p. 72); el 23-V-1575, cuando la reina pasó con las infantas por el refectorio asegura que había cenando sesenta (p. 127); sin embargo, el 26-VII-1575, cuando salieron por primera vez de paseo a la Herrería lo hicieron treinta (p. 147). Villacastín cuenta en sus *Memorias* que en 1571 había cincuenta y un jerónimos (p. 14), y el 9-VIII-1586, cuando se pasó el Santísimo a la basilica, participaron en la procesión ochenta (p. 29). En la *Carta a Lhermite* segura que la comunidad está integrada por cien del monasterio más cuarenta del colegio (p.220). Juan de la Cruz afirma en su *Historia* que son cincuenta religiosos en 1570 (pp. 101 y 109). Sigüenza también habla en varias ocasiones del número de religiosos; dice que el rey inicialmente pensó en cincuenta monjes (p. 447), pero pronto cambió a cien (p. 448), ampliando este número a ciento cincuenta en 1595 entre monasterio y colegio (p. 527); cuando la primera llegada de los restos del emperador y demás miembros de la familia, asistieron «cuarenta religiosos aún no cabales» (p.460): en la procesión que recibió las cuatro arquetas de reliquias, en 1598, asegura que participaron ciento cuarenta (p. 535). En las *Memorias Sepulcrales* dice que en las primeras Vísperas de San Lorenzo de 1571, recién trasladados del monasterio de prestado, hubo cuarenta religiosos (p. 186).

Creemos que se ha resaltado poco que San Lorenzo es un edificio jerónimo en cuanto a su concepción monástica y a la distribución conventual de espacios. Los religiosos más próximos al Rey durante la construcción (A. de Villacastín, J. de Huete, J. de Colmenar, H. de Ciudad Real, J. de Tricio, M. de Alaejos...) tuvieron que insistir y rogar a Felipe II para que aceptase sus sugerencias e integrase sus propuestas en la obra que se proyectaba, así como durante la construcción. Juan de San Jerónimo y Sigüenza recogen esta idea. Cuando el

- Es de mano de fray  
 Fr<sup>mo</sup> de Villacastín,

aliás F. Anton Moreno Pre-  
 fecto de la Fabrica de sant  
 Laur.<sup>o</sup> e l Real y su Alcaide  
 y de sus Fortalecas y Palacios.

R. 1. P.

2  
 la ocasion y pri-  
 mer motivo que tu-  
 vo el Rey Don Felipe  
 2. de tenerme bre pa-  
 ra ser este monasterio  
 de san Lorenzo. fue  
 que estando sobre  
 san Quintin, por la  
 parte que se via  
 debatió la muralla  
 estava bu ruinoso  
 terio de fruy de  
 san Lorenzo y

Capítulo General recibe el ofrecimiento del rey designa a dos religiosos (Huete y Colmenar), porque eran expertos en arquitectura; cuando Felipe II ordena el encuentro del día de San Andrés de 1561 quiere que estén presentes los jerónimos como futuros moradores «y se platique en las demás cosas concernientes al edificio; y si tuviéredes la traza de esa casa de Guisando, o supiéredes de alguna otra que sea buena, traerlahéis con vos»; y el padre general le recuerda a fray Juan de Colmenar que «si alguna traza tiene de esa casa o sabe de alguna que sea buena de algún monesterio de nuestra orden, vuestra Reverencia se la traiga consigo cuando venga porque S. M. quiere ver algunas trazas de monesterios si las hobiere. Al padre prior de Zamora [fray Juan de Huete] escribo traiga la de Zamora y la de Benavente cuando venga» (JSJ-M, 11 y 12; S-H, 438 y 439)<sup>88</sup>.

Juan de San Jerónimo cuenta cómo por la devoción que Felipe II tuvo desde la niñez, y el emperador después, a la Orden de San Jerónimo, fueron los motivos que le llevaron a elegirla para entregarle el monasterio, habiéndola favorecido «como toda España sabe» (JSJ-M, 8); la orden aceptó muy gustosamente el ofrecimiento, «nemine discrepante» (JSJ-M, 8 y 38), e incluso se ordenó que el padre general, fray Francisco de Pozuelo, y alguna representación «fuesen a besar las manos a S. M. por el favor y merced que en esto hacia a la Orden» (JSJ-M, 65); conscientes de tantos favores como han recibido y reciben del rey deciden que en todos las casas de la orden figure el rey, como particular bienhechor (JSJ-M, 37 y 40). Aunque aparentemente detalle secundario, queremos recoger el hecho de cómo puntualmente va dejando constancia nuestro autor de que el rey comía con la comunidad el día de Resurrección (JSJ-M, 187, 214, 260, 399 y 420).

Villacastín no recoge ninguna alusión a la elección de los jerónimos para El Escorial; en cambio, Juan de la Cruz se extiende en elogios, aún dedicando poca extensión a San Lorenzo en su obra. Afirma que habiendo recibido la orden el ofrecimiento real, lo aceptó «con gran contento y voluntad» (JC-IR, 99 y 101; IIR, 108); ante esta generosa dádiva sólo quedaba agradecerla profundamente porque lo contrario sería ingratitud (JC-IR, 103), ofrecer en toda la orden

88. En la correspondencia de la primera época queda recogido la insistencia del rey, del padre general, etc., para que los jerónimos vean en lugar del monasterio y hablen de su distribución, y demás cosas convenientes al edificio. Asimismo, el prior fray Juan de Huete insistió reiteradamente a Juan Bautista de Toledo la necesidad de visitar monasterios jerónimos. MODINO, M., *Los priores*, o.c., t. I, pp. 46, 47, 48, 49, 51, 53, 57 y 141-142, etc.

oraciones continuas al cielo por las necesidades del rey (JC-IR, 108) y vivir ejemplarmente los monjes del Escorial para no desagradar al fundador (JC-IR, 109).

Sigüenza recoge el tema de que haber elegido a la Orden fue no sólo por la particularísima devoción que le tuvo desde la infancia, sino sobre todo por haber elegido el emperador un monasterio jerónimo para pasar sus últimos días (S-H, 434); la orden fue consciente del favor y merced que le hacía el rey (S-H, 438), aceptando su ofrecimiento y alabando a Dios por la piedad y el celo de S. M. y por la devoción a la orden (S-H, 450), incluso todo lo pusieron en manos del monarca para que dispusiese de la orden a su servicio (S-MS, 183). Esa gratitud se mantuvo siempre, y bien la mostraron en la última enfermedad y muerte de su patrón y señor (S-H, 549). Sin embargo, donde más significativa es la rendida actitud de Sigüenza es en la dedicatoria que en la *Segunda Parte de la Historia de la Orden de San Jerónimo* hace a Felipe III: «Vea cuan suya es, desde sus principios, toda esta religión», y poco después lo ratifica: «No hay cosa en la Orden de San Jerónimo que no sea de la Casa Real...»<sup>89</sup>. Y destaca lo bien que hicieron el recibimiento de los cadáveres reales (S-H, 460); tampoco le pasa desapercibido el que el rey coma con la comunidad y lo recoge puntualmente (S-H, 474, 483, 488, 497 y 504).

Jerónimo de Sepúlveda pone como motivo de elección de los jerónimos para ofrecerles El Escorial el hecho de que a Felipe II le pareció que era la religión más observante y la que mejor realizaba el culto divino y los oficios litúrgicos (JS-H, 351), agradeciendo la Orden la gran honra que le hacía y proclamándose capellanes perpetuos del monarca, ofreciéndose a su vez, con todas sus fuerzas, para todo lo que quisiese y les mandase (JS-H, 352), por lo mucho que le debía la Orden y mucho más los hijos de su casa de San Lorenzo (JS-H, 190 y 201). También incluye minuciosamente el dato de que el rey compartiese en Resurrección la comida con la comunidad (JS-H, 4, 35, 62, 74, 118, 135 y 179).

### 3.3. *El rey, su presencia y su actuación*

Para la historiografía jerónima escurialense Felipe II es todo; no sólo patrón y fundador, como le reconocía el derecho, sino dueño y

89. T. I, pp. 49 y 50, resp.

señor, como establecía el gobierno absoluto, y alma y primer motor de San Lorenzo el Real<sup>90</sup>. Abundan las referencias que los jerónimos hacen del rey en cada uno de los temas que, obviamente, no podemos recoger.

Juan de San Jerónimo anota todos los pasos dados por Felipe II para disponer de los jerónimos y de la Orden, con total libertad, como una pieza más del conjunto escurialense en el que nada podrá moverse sin su voluntad expresa o sin salirse de lo por él ordenado para el futuro. El primer prior y vicario, y los primeros monjes, son elegidos personalmente por él, teniendo en cuenta sus cualidades para la obra (JSJ-M, 15, 30, 32, 33 y 34); es enormemente significativo la minuciosa enumeración que hace de religiosos, indicando el monasterio del que procedían y sus especialidades: procurador, predicador, iluminador, bordador, arquero, contador, encargado de las canteras, obrero mayor, jardinero, negocios, superintendente de los mayores, cocinero, enfermero, etc. (JSJ-M, 16, 17, 19, 21, 31, 33, 34, 35, 41 y 43). Dando un paso más en el sentido de controlar a la Orden para que se sometiese a su voluntad respecto al Escorial, obtiene que San Lorenzo sea pronto nombrada «casa vieja» (JSJ-M, 38), que el prior no tenga otro cargo y actividad dentro de la orden que le distraiga de su entrega a la casa de San Lorenzo (JSJ-M, 39), salvo cuando interesado por integrar a los jerónimos portugueses en el seno de la Orden española —siendo rey de Portugal, en 1584— piensa en fray Miguel de Alaejos, «a quien pareció ser necesario enviar a esta empresa al prior de Sant Lorencio [visitador con amplias prerrogativas], porque concurren en su paternidad todas las partes necesarias para este ministerio» (JSJ-M, 379-383), igual que en 1567 había presionado al capítulo general para que absorbiesen a los «isidros» (JSJ-M. 39-40). Con el mismo interés urge que se haga un libro o directorio de costumbres tomando parte activa, puesto que «S. M. alteraba muchas cosas de bien en mejor» (JSJ-M, 73, 124 y 141-143), así como procura asistir a las profesiones religiosas de sus hijos, «mostrando no pequeño regocijo» (JSJ-M, 41, 42 y 56). Puesto que San Lorenzo es fundación real —también por miedo al robo de las muchas riquezas existentes—,

90. Casi bastaría con estas referencias y su análisis sociológico: refiriéndose al Escorial, Juan de San Jerónimo dice trece veces «su monasterio»; doce, «su casa», y una, «su casa y monasterio». Sigüenza dirá tres veces que era «su convento o monasterio», otras tres veces que era «su casa», en dos ocasiones hablará de «sus jerónimos» y en una de «sus religiosos». Jerónimo de Sepúlveda llegará a decir en veintisiete ocasiones que era «su casa», y tres, que los jerónimos eran «sus frailes».

en la basílica y sacristía nunca entrará nadie del pueblo, y por estar bien dotado, tampoco se aceptarán erecciones de memorias pías de nadie, salvo de los miembros de la familia real (JSJ-M, 405 y 75); su voluntad será igualmente aceptada y acatada por siempre sin que la Orden, el padre general y el capítulo pueda actuar en contra en lo que respecta a la organización del colegio, sus costumbres y planes de estudio recogido en las Constituciones (JSJ-M, 75).

Referente a las obras, Juan de San Jerónimo recuerda que Felipe II estuvo presente en los momentos capitales y decidió personalmente todo lo importante: eligió el espacio y el lugar, mandando acotar el terreno señalado para el monasterio (JSJ-M, 14 y 18), en la colocación de la primera piedra de la basílica (JSJ-M, 25) y en la última del edificio (JSJ-M, 393); por supuesto, asistió a la bendición de la basílica y al traslado del Santísimo Sacramento (JSJ-M, 402 y 404); procuró escuchar el parecer de los jerónimos para aspectos generales, y de los priores y Villacastín para cosas particulares (JSJ-M, 11, 12 y 171). Cuando la disputa sobre el labrado de las piedras de la iglesia, también se informa y decide el rey (JSJ-M, 160, 163 y 170-171); tan interesado estaba en la buena marcha de las obras, que, cuando el motín de los vizcaínos por el choque con el Alcalde Mayor de la Villa, esperándose el castigo del rey para los oficiales rebeldes, una vez que hubo pasado todo, cuando volvió al Escorial, «S. M. fue servido disimular con estos oficiales porque la obra no cesase» (JSJ-M, 188). También recoge reiteradamente en sus *Memorias* las veces que enseñó el monasterio –especialmente la biblioteca y las reliquias– a su familia o a distinguidos personajes como unos caballeros portugueses y el obispo de Viseu, que vinieron después que regresó el monarca de Lisboa, explicándolo personalmente todo (JSJ-M, 128, 258, 364 y 393-394). Abruma la cantidad de veces que deja constancia de cómo Felipe II visitaba las obras (JSJ-M, 127, 161, 164, 182, 214, 366, 393, 417 y 426), insistiendo algunas de ellas que el rey mostró mucho contento (JSJ-M, 42, 44 y 79), no importándole subir al cimborrio para ver de cerca la marcha de la basílica (JSJ-M, 366); con el mismo interés visitó las granjas donadas al monasterio para el mejor aprovechamiento de la dehesa de Piul y vigilando puntualmente la viña que había ordenado se plantase en el Quexigar (JSJ-M, 285, 362, y 428). El patrón tuvo previsto algunos aspectos secundarios con su justificación: el 2-VIII-1686, «se puso el crucifijo de mármol blanco [de Cellini] en la capilla detrás del coro por mandado de S. M., y se adornó de paños de brocado, y se pudo altar para decir misas a los que estuvieren en el pórtico los días que hobiere mucha gente por ra-

zón de los jubileos», permaneciendo allí durante cuatro siglos (JSJ-M, 401). Hasta no podía cañarse cuando detectaba algún error en el desarrollo de una ceremonia, haciéndoselo notar al prior, o cuando se descuidaban los sacristanes con los ornamentos o con la debida colocación de las reliquias; incluso no perdonaba que no se abriese la iglesia a su tiempo (JSJ-M, 182 y 366); con esa misma minuciosidad había previsto cómo debía estar la basílica para mostrarla a la emperatriz doña María, su hermana, y a la infanta doña Isabel, su hija, que le acompañaban para pasar en El Escorial aquel verano de 1587: «Y es de saber que estaban por orden de S. M. todos los altares de la iglesia muy compuestos y adornados con velas encendidas, y los altares de las reliquias estaban abiertos; y en las cornisas del altar mayor había muchas velas encendidas...» (JSJ-M, 422).

Enormemente lacónico, Villacastín refiere sólo en una ocasión la presencia del rey, y es cuando la primera profesión de jerónimos, entre los que se encontraba él (V-M, 44), y aunque no atribuye a mandato regio la plantación de la viña del Quexigar, informa con algún mayor detalle que sus hermanos de este hecho secundario: asegura que fue viña con algunos olivos, que se plantó en 1577 con un total de 30.000 sarmientos —lo que significa que era una viña considerablemente grande, 20 hectáreas aproximadamente— y que fue criticada por muchos (V-M, 21)<sup>91</sup>. Por no haber sido monje del Escorial, Juan de la Cruz no pudo ser testigo de las visitas de Felipe II al Escorial; solamente atribuye al rey la elección del lugar (JC-IR, 101; IIR, 107), y que no fue casual la fundación, sino «hecha con particular providencia y disposición suya y del santo intento que hubo» (JC-IIR, 106); asegura que asistía a los oficios en el monasterio de prestado (JC-IR, 101; IIR, 108), «hallándose su majestad muy de ordinario a ver estos primeros fundamentos con mucho trabajo y descomodidad» (JC-IR, 101; IIR, 108).

Sigüenza también recoge cómo Felipe II elige el lugar y la ubicación del monasterio y ordena que se acote espacio, según la traza de las principales partes que ya tenía hechas su arquitecto Juan Bautista de Toledo (S-H, 436, 438 y 441); desde el comienzo pasaba el rey aquí largas temporadas (S-H, 431), sin dejar de atender diariamente los asuntos del gobierno, acompasados con la oración con los monjes y la atención a su familia (S-H, 464 y 498). Su presencia en San Lo-

91. «para coger vino y aceite para la provisión del convento». Archivo General de Palacio, San Lorenzo, leg. 1657; SÁNCHEZ MECO, G., *El Qexigar, propiedad monástica escorialense*, San Lorenzo del Escorial 1993.

renzo servía para dar calor y empuje a la obra y a los oficiales (S-H, 471, 472, 483 y 497); siempre que iba recorria el monasterio y visitaba todos los tajos para ver el progreso de las obras y cómo se habían ejecutado sus órdenes (S-H, 472, 503, 509, 516, 522 y 536), y lo mismo hacía con las dehesas que había anexionado como dotación económica, y cuenta la preocupación por la viña del Qexigar, puesta en aquellos pinares, visitando también la casa, las bodegas y lagares a su regreso de Lisboa, que hizo por Badajoz, Guadalupe, Guisando y la sierra de Gredos (S-H, 499). Él mismo se complacía en acompañar a visitantes ilustres cuando venían al Escorial (S-H, 494).

Hay momentos donde Sigüenza se recrea explicando la presencia y actuación del rey, como es en todo el traslado de los cuerpos difuntos de la familia real (S-H, 456-461) y en la consagración de la basílica (S-H, 517-531), donde actúa su hijo y heredero el príncipe Felipe en acto dinástico, presentándolo simbólicamente a Dios como sucesor, de la misma forma que lo representara años antes Tiziano ofreciendo al malogrado infante don Fernando cuando el triunfo de Lepanto (S-H, 527).

Teniendo en cuenta el carácter minucioso del monarca, no es extraño que Sigüenza diga cómo organiza la comitiva de una procesión del Corpus (S-H, 511), o como corrige los fallos detectados en la ceremonia de la imposición de la ceniza de 1577 (S-H, 473-474), o que mandase imprimir «para solo este menester [consagración de la basílica] mucha cantidad de libros en que se contenía todo lo que se había de cantar» (S-H, 519); muy discretamente anota dos veces que alguna vez se temió un atentado al monasterio (incendio) sin especificar más la otra, pero cuenta las medidas que se tomaron trayendo a los alabarderos y vigilando los mesones y las posadas (S-H, 477 y 511).

Sabemos que la Orden se rindió muy complacida a la voluntad del monarca, y «todo lo concedieron con mucha voluntad y aplauso» (S-H, 451), siendo verdad, porque conociendo la importancia de la casa y el interés del rey, «la Orden iba enviando religiosos de los que parecían más a propósito» (S-H, 447), y prueba de ello es que enumera los principales monjes que llegaron al Escorial con sus respectivas especialidades (S-MS, 184 y 185). Sin darse cuenta Sigüenza deja constancia –tomándolo probablemente de Juan de San Jerónimo como lo anterior– de cómo Felipe II controlaba el funcionamiento interno de la orden jerónima en beneficio de su casa de San Lorenzo: elige al primer prior y vicario porque «en cosas de arquitectura tenían entrambos buen parecer y juicio» (S-H, 438); pidió al capítulo ge-

neral que nunca ocupasen al prior en ningún oficio y, sistemáticamente, vemos cómo el padre general acepta la renuncia de los priores cuando la aprueba el rey y ratifica el nombramiento de los sucesores una vez que han sido elegidos por el monarca (S-H, 448, 454, 462, 491 y 512)<sup>92</sup>. También es cierto que Felipe II escuchó algunas peticiones –¿quejas?– de los jerónimos; sabemos que tenían clavada como una espina que el claustro de profesores del colegio estuviese en manos de seglares, hasta que pasó a manos de la Orden, «echando de ver, aunque tarde, que los que hasta allí le habían aconsejado otra cosa no habían mirado bien el aprovechamiento de los religiosos ni su buen nombre» (S-H, 553)<sup>93</sup>.

Como siempre, el padre Sigüenza tiene una fina sutileza para recoger críticas, y hacerlas suyas, o responder a ellas defendiendo a personas o ideas: no cabe duda de que, durante las obras, tuvo que haber un estrecho y continuo trato del prior con el rey, lo que favoreció la buena relación entre ellos, que en algún caso debió molestar a juzgar por lo que dice: «Vacó el padre fray Julián de Tricio, prior de este convento. En los siete años que gobernó esta casa [1575-1582] se hizo, como hemos visto, todo lo principal de esta fábrica. Túvole el Rey particular voluntad y mostrólo en muchas cosas. Con este fervor tomó alguna más libertad de lo que las leyes de esta religión estrecha permiten, estrecha, sin duda, y más para los superiores, a quien aun no se disimulan los defectillos ordinarios, que en los súbditos no se echan de ver, y en tanto que esto se conservare, osaré asegurar de caída notable a esta república de San Jerónimo ... y no tenga nadie en poco poder sufrir el peso de tanta carga con tan pocos alivios siete años» (S-H, 491).

En esta misma línea también se preocupa de dejar clara –creemos que no lo consigue porque siembra la duda– la actitud de Felipe II ante lo esotérico: «Diéronle un pronóstico de estos atrevidos judiciarios, en que le amenazaban grandes males en aquel año [1577]; el prudentísimo Príncipe, habiéndole visto, mandó que le imprimiesen: con ninguna cosa se pudo probar mejor la vanidad del autor, porque ninguno de los singulares que amenazaba sucedió ... y junto con esto

92. A pesar de lo mandado y querido por Felipe II, seis religiosos del Escorial llegaron al generalato de la orden y en veintidós ocasiones monjes laurentinos presidieron otros tantos capítulos generales, etc. CAMPOS, F. J., «Dos monasterios gemelos: Guadalupe y El Escorial», en *Guadalupe* (Monasterio de Guadalupe), núms. 726-727 (1994) 105-117.

93. Codicilo de 28 de Agosto de 1598, n.º 27.

mostró el Rey su gran entereza, cuán poco caso se había de hacer entre cristianos de estos pronosticadores» (S-H, 478).

En sintonía con los anteriores monjes historiadores, Jerónimo de Sepúlveda repite (copia) actuaciones de Felipe II, tales como que gobernaba el reino desde El Escorial (JS-H, 64 y 159), que cuando iba a San Lorenzo visitaba detenidamente la obra, retratando la escena: «todo lo andaba mirando con extraña curiosidad por si mismo y no lo fiaba de nadie» (JS-H, 29), y completa la observación diciendo por dos veces que «no perdía punto de nada» (JS-H, 65). Un dato que refleja la minuciosidad del monarca es cuando la visita del Duque de Saboya, en Agosto de 1591, según refiere Sepúlveda, para quien no pasa desapercibido la sicología regia: «le mandó [Felipe II] que viniese luego a ver esta Casas de San Lorenzo, y así vino y le venía acompañado don Diego de Córdoba, gran privadado del Rey Católico. Fue cosa notable que el mesmo Rey dio al trazador mayor un papel escrito de su mano de cómo le habían de enseñar toda la Casa y a qué hora cada cosa» (JS-H, 119). También deja constancia de que el monarca se halló presente en momentos importantes: a un acto académico celebrado en el colegio (JS-H, 43), en la colocación de la imágenes del retablo mayor (JS-H, 65) y asistiendo a algunas procesiones (JS-H, 113). No olvida decir que el rey estuvo presente en las colocación de las imágenes del Retablo, de las del templete del patio de Evangelistas y del San Lorenzo del antecoro (JS-H, 44, 65, 72, 74 y 111), y vio poner el facistol (JS-H, 84); demuestra que es hombre vinculado a los libros porque advierte que una vez que se terminaron de pintar los frescos de la biblioteca, «no había más que hacer en esta Casa para estar de todo punto en la perfección que el Rey Católico deseaba» (JS-H, 74). Las iluminaciones de los edificios fue una forma festiva de manifestar la alegría y solemnizar los actos; el monje tuerto anota algunas de las veces que se hizo en San Lorenzo, y como la primera fue, al parecer, para conmemorar la elección de Urbano VII (JS-H, 113, 43 y 173).

Jerónimo de Sepúlveda recoge detalles interesantes que ratifican la observación directa y la vivencia personal de lo que cuenta; por ejemplo, deja constancia de «la primera vez que ví al Rey» (JS-H, 3), o que vio cómo se sentaba en el sitial del prior y éste lo incensaba y lo describe así: «tenía ropa y gorra, que parecía puro médico; tampoco tenía espada, que hasta eso noté» (JS-H, 4). También anota minuciosamente las veces que el rey pasó el verano en El Escorial (JS-H,

12, 74, 120, 145 y 159); no está de acuerdo con que la elección de prior se haga en el capítulo general, y no en la casa, como un prior aconsejó, al parecer, a Felipe II, hasta que éste obtuvo licencia de Roma (JS-H, 44 y 100); deja constancia de que al ser el prior designado por el rey es normal que surja una estrecha relación entre los dos, lo que causará celos y envidia en el mismo San Lorenzo y en la Orden (JS-H, 63) y quizás pueda obtener el religioso alguna influencia honorífica, como era presidir un capítulo general, puesto que se celebraría como el monarca deseaba (JS-H, 178)<sup>94</sup>.

Sabemos que la dedicación al culto y a la liturgia fue el carisma específico de la orden, en general, y de los jerónimos del Escorial en particular (JS-H, 34), pero para algunas cosas el rey intervino ordenando «se guardase en esta su Casa lo que se guarda en la capilla del papa» (JS-H, 100), así como algunas veces disponía de cosas concretas sobre el oficio divino (JS-H, 4).

### 3.4. *El monasterio*

Quizás sea al hablar o citar el edificio en general donde mejor se aprecie la visión que los historiadores jerónimos tenían del Escorial. Y aunque muchos adjetivos se copien y transmitan de unos a otros textos, queda suficientemente explícita esa imagen y su significado, que, como han señalado ya otros estudiosos, nunca es estética y for-

94. En prueba de auténtico afecto a San Lorenzo, no se olvide que entre las personas nombradas como albaceas testamentarios –máximas autoridades del Estado y alguien estrechamente vinculado a su persona– estaba «al que fuere prior de San Lorenzo el Real», *Testamento*, n.º 47, ratificado en el Codicilo de 23-VIII-1597, n.º 17. Cambiada esta disposición en el Codicilo de 25-VIII-1598, de esta forma: «Y porque mis testamentarios son muchos y algunos ocupados, y yo desco que estas cosas se asienten con brevedad, he acordado de cometer todo lo que a esto toca a los que dello me han oído platicar destes negocios y tienen entendido mi intento, y así mando al Príncipe mi hijo que de orden que el arzobispo de Toledo, el conde de Castel-Rodrigo, el conde de Chinchón, [y] don Juan Idiáquez, todos cuatro de mi Consejo de Estado, y el prior de San Lorenzo y mi confesor y el suyo de mi hijo el Príncipe, se junten y lo ordenen todo como yo mismo pudiera, y les doy el poder necesario para ello...», n.º 30. También recordamos que el 17-III-1581, «pareció Bartolomé Santoyo de la cámara de S. M. y su guardajoyas, e dijo que por mandado ha venido al dicho monesterio a entregar a los dichos señores prior y diputados el testamento de S. M. Real y su codicilo, y un breve de su Santidad ... y hásc de guardar hasta entonces [el fallecimiento] en el archivo del monesterio de Sant Lorencio el Real, que así lo manda S. M.» (JSJ-M, 348 y 349).



Fray Juan de la CRUZ. Historia de la Orden de San Jerónimo, ms. & II.19

mal –salvo algo de Sigüenza–, sino interna e institucional<sup>95</sup>; es decir, como un centro –el mejor del orbe cristiano– dedicado a Dios por la munificencia del pío Felipe II, en donde unos monjes, únicamente españoles, ofrecen continuas oraciones y sacrificios para que Dios mantenga este orden de cosas. No cabe duda de que ahí late una ideología, porque ideológico es el tono unánimemente encomiástico con que todos hablan y describen El Escorial como edificio y, sobre todo, como monasterio, en clara alusión al Estado confesional filipino, que lo edifica enraizado en Trento<sup>96</sup>, tratando de conectarlo directamente con el templo de Salomón, por lo que esta interpretación bíblica podía significar dentro del pensamiento cristiano occidental, católico y protestante.

Fray Juan de San Jerónimo lo ve como «una de las mayores obras y más heroicas e importantes de cuantas hoy se saben» (JSJ-M, 8), siendo una «grandeza que en su Real pecho tenía concebida» Felipe II (JSJ-M, 9) «tan notable fundación» (JSJ, 11). Por tanto, no es de extrañar que hasta el mismo demonio quisiese «estorbar el gran bien que de tan santa obra ha de resultar tan en servicio de Dios y bien de

95. Para J. Zarco, a Juan de San Jerónimo lo que le interesa es «dejar memoria de la vida y hechos de los jerónimos escorialenses (p. IX), y a Sigüenza, «que se limitó a ampliar y a veces sólo a copiar, lo escrito por fray Juan de San Jerónimo» (p. XII)..., «casi todo se halla supeditado a la parte monacal» (p. XIII), Introducción a las Memorias de Villacastín. Para S. Álvarez, los apuntes de Villacastín son «ajenos a cualquier intención valorativa» (p. 36); la valoración de Juan de San Jerónimo es insuficiente, porque «los pocos datos sobre el Monasterio ni lo juzgan ni lo califican» (p. 39); hace un recorrido sumario de los tópicos escorialenses» (p. 43); respecto de Sigüenza, «no se olvide que el autor lo que está haciendo es justamente la Historia de la Orden de San Jerónimo», *El Escorial en las letras...* Para A. Bustamante, Sigüenza no vio El Escorial como algo independiente, sino como la última fundación [de la orden jerónima] y la más importante», «Prólogo», p. 10. Para J. Sáenz, la obra de Juan de San Jerónimo, «no transmite la conciencia que su autor poseyese de la importancia o significado arquitectónicos y artísticos del Escorial y delatan su despreocupación» (p. 248); «No intentó Villacastín escribir un texto interpretativo», pues no era el hombre indicado para percatarse de la significación del monumento» (p. 277, siguiendo la opinión del S. Álvarez, cfr. p. 37); en Juan de la Cruz, su «texto cobra una particular sonoridad jerónima ... Nada se lee sobre la concepción, traza, construcción de El Escorial, ni sobre sus responsables», p. 428, *De obra insigne*. Globalmente para L. Rubio, los jerónimos «se ocuparon más de hacer historia de su Orden o Comunidad que del Monasterio mismo como institución y centro cultural o artístico», *Los historiadores [I]*, p. 506.

96. ESTAL, G. del, «La Iglesia, Trento y El Escorial», en *El Escorial. 1563-1963. IV Centenario de la Fundación del Monasterio*, Madrid 1964, t. I, pp. 467-527; TELLECHEA, J., «Felipe II y la contrarreforma», en *El Escorial: Arte, poder y cultura en la corte de Felipe II*, Madrid 1994, pp. 101-119.

la cristiandad» (JSJ-M, 14); es una «obra tan señalada» (JSJ-M, 16) que todos están convencidos que hay que trabajar para hacer «en ella principal alhaja» (JSJ-M, 31), y como «grande y solemne monasterio» es conocido ya en el extranjero (JSJ-M, 57).

Así como en sus *Memorias* no dice nada en este sentido, fray Antonio de Villacastín aprovecha la *Carta a Lhermite* para dejar constancia de que es «edificio grande y sumptuoso y pulidamente labrado, según la traza de los edificios romanos» (V-CL, 216); su ejecución fue muy parecida a la construcción del Templo de Salomón, resultando una santa casa de tanta grandeza, que sería prolijo enumerar (V-CL, 217 y 220).

Aunque breve, fray Juan de la Cruz trata de utilizar las mejores palabras, «porque según su grandeza y lo que el Católico Rey ha hecho y hace cada día, por mucho que lo quiera alargar y encarecer, quedará muy corto» (JC-IR, 99); en su descripción se repite lo de grandeza, majestad, magnificencia, riquezas, suntuosidad, valor inestimable, tanta cualidad, gran hermosura, grande la devoción, grandes adornos, grande, hermosa y costosa en aderezos...; todo en consonancia «a la gran potencia, consumadísimo ingenio, celo y devoción del Católico Fundador» (JC-IIR, 110). Puesto que es una historia para los jerónimos, el autor recuerda que «es la casa más insigne y principal de monasterio que hay, no sólo en la Orden de San Hierónimo y de las otras religiones sagradas, más en la Cristiandad no se halla cosa que sea su igual a la de San Lorenzo el Real» (JC-IR, 101; IIR, 110). Prueba de ello es que «espanta y pone admiración a todos los que de diversas partes del mundo vienen a verlo, por ser todo de tanta perfección y riqueza» (JC-IIR, 110); por lo tanto, la Orden debe «conocer y agradecer», como hace, que por medio de los Divinos Oficios, del ejercicio de la Letras y de los sermones que allí se predicán se obtendrán infinidad de bienes «con satisfacción de los fieles y confusión de los que no lo son» (JC-IIR, 111). Es el jerónimo que vincula claramente al Escorial con el templo de Salomón (JC-IR, 101, 102 y 105; IIR, 110 y 111). «en la vieja ley, agradeció Dios por el profeta Natán el buen intento de su leal Rey David, de quererle edificar templo en Hierusalem, más no lo quiso aceptar por obra de su mano, por averse ocupado mucho en las guerras y derramando sangre humana, y con todo eso le prometió que le recibiría de mano de su hijo y sucesor Salomón, a quien adornaría para ello con paz y sabiduría singular, y le añadió riquezas sobre todos los Reyes de Israel» (JC, ms. & II.22, f. 1v, no transcrito el pasaje por L. Rubio).

Además de repetir adjetivos y algunas interpretaciones conocidas, fray José de Sigüenza aporta una visión nueva -y combativa- porque ve los lazos y la relación del Escorial con Trento: «abrazóle con suma reverencia Felipe II, Rey de España, y para confirmación y guarda de sus santos estatutos y dogmas, puso la primera piedra de un alcázar y templo de San Lorenzo, donde se habian de eternizar y obedecer para siempre» (S-M, 445); trascendiendo la erección canónica por grandioso que sea el objeto y destino, aprovecha la ceremonia de la consagración de la basílica para apuntar que en El Escorial se ha realizado una unión mística e indisoluble, con valor cuasi sacramental, como en los desposorios se simboliza: «Es esta, a mi parecer, la escritura y contrato más grave y firme que se puede imaginar en la tierra, pues de lo dicho consta harto claro que esta iglesia y todo este convento de religiosos, que no solo son sus ministros, sino las verdaderas y vivas piedras, hacen una perfecta esposa y el esposo es Jesucristo. El padre (díganoslo así es el Rey don Felipe II, fundador primero y principal, que ahora, por feliz suerte, lo es su hijo el Rey don Felipe III ...) y es el único consuelo y esperanza de esta desposada en la tierra. Pues lo que Dios juntó, qué atrevimiento, qué brazo ni qué poder habrá entre los hombres que pueda apartarlo...» (S-H, 528).

Para celebrar este acontecimiento se iluminó todo el monasterio y aprovecha la sorprendente visión nocturna que debía producir el edificio en la retina de los espectadores y la sensibilidad estética pre y barroca, para mostrarlo alegóricamente: «Jurara quien lo veía se parecía mucho a aquella Jerusalén santa que vio el apóstol descender del cielo» (S-H, 520).

Aunque sea muy breve la Introducción a las *Memorias Sepulcrales*, Sigüenza también deja constancia allí de que San Lorenzo es «insigne Convento», «preciosa joya», «real Convento» y «glorioso edificio» (S-MS, 183 y 184).

Fray Jerónimo de Sepúlveda recurre a un término muy querido de los autores barrocos, propio de la época en que escribe, como fue el de «gran máquina» (JS-H, 349 y 353) y otros adjetivos ya utilizados; destaca un contraste que resultaba normal a todos los hombres del Seiscientos al enfrentarse a una obra concebida con los criterios estéticos de la centuria anterior: «¿Cómo todos los que vienen de fuera y se ponen cerca se quedan maravillados viendo que una obra tan llana fuese tan hermosa?; y la razón de esto es, una obra tan llana hacer tan graciosa proporción y correspondencia...» (JS-H, 354). Sin em-

brago, lo específico del historiador tuerto es que eleva la obra del Escorial a la categoría de «Octava Maravilla del Mundo» ya desde el comienzo de su obra, repitiéndolo en varias ocasiones, incluso en otro escrito suyo (JS-H, 3, 14, 136 y 347).

No es difícil encontrarse con sucesos naturales (generalmente atmosféricos: tempestades de viento, tormentas, lluvias, aparición de un cometa, etc.) acaecidos en momentos puntuales de la construcción (escoger el terreno, traída de reliquias, llegada de cuerpos reales difuntos, vela al Santísimo, rezo del Oficio Divino, etc.), que recogen tanto Juan de San Jerónimo como Sigüenza y que vinculan a realidades extranaturales con una visión providencialista, en la que atribuyen estos fenómenos al poder del enemigo (= demonio) que quería hacer la guerra por estar construyendo esa casa para gloria de Dios (JSJ-M, 13, 234 y 336; S-H, 439, 453, 460, 474, 477 y 512); o también como castigo del cielo ante determinados descarríos humanos (JSJ-M, 212). También se deja constancia de cómo piensan que «no le desplacia a Dios esta fábrica» (S-H, 496).

### *3.5. Información de las obras*

Por ser casi todos los cronistas jerónimos testigos presenciales de la construcción, o parte de ella, es normal que dejen noticias de las obras (sobre todo cuando asistió el rey, y por eso lo recogen), aunque sea de paso y como complemento de los objetivos que se marcaron al escribir sus obras, que ya hemos señalado que no fue el de hacer una historia de la construcción y de la ornamentación; de ahí que las noticias que recojan sean la de aquellos hechos que a cada uno le llamó la atención de forma muy concreta.

Juan de San Jerónimo habla de la colocación de la primera y última piedra (JSJ-M, 25 y 393), de la disputa sobre el labrado de las piedras de la basílica (JSJ-M, 160), del motin de los canteros vizcaínos (JSJ-M, 187), de la colocación de las cimbrías del arco toral alto de la basílica y de la clave del mismo, y de las jambas y el dintel de la puerta principal de la lonja (JSJ-M, 259 y 270); habla de cuando se quitaron los andamios de la basílica sin que sucediese ninguna desgracia y su costo (JSJ-M, 378); indica la colocación de las imágenes de San Lorenzo de la fachada principal, de los Reyes del patio (JSJ-M, 361 y 391); impresionado quizás por el costo, anota que el 13-XII-1585 se acabó de colocar la sillería del coro y que fue tasada en

24.000 ducados y la cajonería de la librería, en 4.560 ducados (JSJ-M, 399) También dice cómo se quitaron algunos tabiques y se trasladaron las cosas que habían estado provisionalmente a su emplazamiento definitivo: biblioteca, procuración, hospedería, dormitorio de novicios, barbería, portería... (JSJ-M, 426). Referente a los detalles de la ornamentación del edificio y de los artistas también es muy reducido lo que encontramos en sus *Memorias*: Juan Bautista de Toledo (pp. 11, 16 y 18), Juan de Herrera (p. 160), Luqueto (p. 370), Zúcaro, Granello, Castello, Tibaldi, Cincinato, Barroso, Carvajal, Mon negro (p. 427); sin embargo, en una ocasión informa que, en la Semana Santa de 1587, «anduvieron padre e hijos por la casa y monesterio ... visitaron la pintura de Peregrino italiano [claustro principal]» (JSJ-M, 417).

Villacastín recoge más noticias relacionadas con la construcción, sobre todo de la basílica, fruto de su cargo y de sus intereses personales, a pesar de la brevedad de su obra. Por supuesto no se olvida de la primera y última piedra (V-M, 12 y 27), pero también indica cuando se colocaron los embasamientos y pilastras de la basílica, y cuando llegan los muros a 30 pies (V-M, 17, 19 y 20); el traslado y cuando se ponen las jambas de la puerta principal y las cimbras del arco del coro (V-M, 20 y 23); cuando se coloca la cruz del cimborrio y los Reyes del patio (V-M, 26, 27 y 28). Referente al interior de la basílica anota la colocación del primer altar, de los retablos de las once mil Vírgenes y el mayor y la custodia (V-M, 26, 27 y 28); cuando se acaba de losar las gradas del presbiterio y de poner el Cristo del coro (V-M, 28). Incluso anotó la construcción del hospital de laborantes, de la iglesia de San Bernabé de la Villa del Escorial y de la transformación del monasterio de prestado en hospital (V-M, 12, 31-32 y 18).

En la *Carta a Lhermite*, cree que es más importante no hablar de lo que conoce y detenerse en resaltar el costo, porque entonces añadía importancia y categoría a lo que había visto, ya que iba respaldado por el valor material. Nos dice que labrar y poner los Reyes del Antiguo Testamento costó 13.000 ducados, traer la cruz del Cristo del Retablo de Lisboa costó 500 ducados; labrar y asentar el San Lorenzo de la fachada principal con las armas reales, 900 ducados; la librería del coro, más de 60.000 ducados; labrar la sillería, 25.000 ducados; la custodia, 50.000 ducados. Y en pinturas se habrían gastado hasta el momento en que escribe, 80.000 ducados (V-CL, 217, 218 y 219). Evalúa los gastos de la construcción en 6.500.000 de ducados (V-CL, 216), rectificando la evaluación a la baja que había hecho an-

teriormente en las *Memorias* que asignaba un costo total de 3.500.000 de ducados, incluyendo la basílica que importó 500.000. Pasa luego a detallar las medidas de alguna pieza significativa como la librería, la basílica, los jardines y las lonjas; incluso un buen dato de la importancia religiosa, cultural y económica de la casa es señalar, unas cifras significativas: tiene cien frailes, cuarenta religiosos colegiales y cien servidores (V-CL, 220 y 221).

Sigüenza aporta algunos detalles nuevos, además de repetir datos tomados de Juan de San Jerónimo; informa de cómo Juan Bautista de Toledo, seguidor de Vitruvio, tuvo pronto el diseño aunque sufrió cambios (S-H, 440, 441, 447 y 490); describe la liturgia de bendición y colocación de la primera piedra de la basílica según el ritual romano como acto clave del nuevo edificio religioso, por simbolizar a Jesucristo, ceremonia a la que asiste el rey (S-H, 443-444). Deja constancia de cómo Felipe II se interesó por saber si el lugar elegido se ajustaba a las necesidades y modelo de vida jeronimianas (S-H, 439); igualmente habla de proyecto de Paciotto para la basílica, de la lentitud de la marcha de las obras, de la solución de Villacastín ante el problema de tener que doblar el número de religiosos para el monasterio y la forma de acelerar el ritmo de trabajo (S-H, 463, 468, 448 y 469); también explica el enfrentamiento del obrero mayor con Herrera sobre el labrado de las piedras y la decisión del rey (S-H, 470-471). Respecto a detalles concretos, habla de la colocación de las jambas y el dintel de la puerta principal, de la puesta de la cruz del cimborrio y de la finalización del claustro principal (S-H, 448, 490 y 492).

Dada la importancia que tiene el coro no es extraño que diga cómo Felipe II estuvo especialmente preocupado por la sillería, hasta que en Badajoz dio el visto bueno al modelo que le presentaron y la colocación de la misma, y el asiento de la librería coral y el facistol (S-H, 489, 497 y 509). Habla del fallo detectado en la colocación de las piedras de una parte de la basílica —por el «descuido de algunos maestros estajeros, que no miraban la igualdad del grano de la piedra»— y su remedio hasta lograr una total uniformidad, y aún dándose cuenta de la importancia de la arquitectura reconoce que no lo es todo en un edificio (S-H, 491, 493, 492 y 503). Deja constancia de la colocación del San Lorenzo de la fachada principal, de los Reyes y del retablo, con el accidente de la caída del evangelista San Juan (S-H, 492, 496 y 511), y cuenta cómo subió Felipe II a lo alto del retablo con sus hijos para ver y dar su opinión (S-H, 511); indica la decisión

y el proyecto de Villacastín para quitar los andamios de la basilica que a otros espantaba (S-H, 496) y cómo van trasladándose las cosas a sus lugares previstos (S-H, 504); también habla de la construcción de las Casas de Oficios y del edificio de servicios de la Compañía (S-H, 505 y 516). Tan minucioso como era Sigüenza, nos informa que, según detallada consulta de los libros de cuentas, el precio total de la obra –y algunas mejoras en las fincas y dehesas anejadas al monasterio– ascendió a 5.260.560 ducados, explicando en qué se invirtió y justificando el gasto echo, sin «hacer apologéticos ni defensiones para esta casa ni su fundador, sino desarraigar la ignorancia de la gente que está engañada, mal persuadida o menos considerada; ni tampoco pienso ablandar los ánimos de los envidiosos o malintencionados, porque se cuán mal se curan estas dolencias, sino sólo decir lo que la verdad y la razón de esta historia pide...» (S-H, 696-698).

El Libro Cuarto de la Tercera Parte de la *Historia de la Orden de San Jerónimo* es, como ya hemos indicado, una descripción pormenorizada del edificio y de las dehesas y granjas anexionadas como dotación económica del Escorial; ahí muestra el padre Sigüenza su formación humanista y sus conocimientos artísticos, haciendo relaciones, sugiriendo interpretaciones, buscando simbolismos, mostrando sus gustos personales y sus desafecciones, y demostrando maestría narrativa y calidad literaria.

En la *Historia* de Juan de la Cruz no encontramos, lógicamente, información de las obras del monasterio; en la *Historia* de Jerónimo de Sepúlveda hay pocos datos, salvo los de última hora, que él presenció y corresponden a la finalización de las obras (1584); sin embargo, en las primeras páginas del capítulo xv, que es en el que describe la Casa de San Lorenzo, hace una introducción retórica donde une mitología e historia para aplicarla simbólicamente al Escorial y al gran Filipo, intentando seguir el ejemplo del Maestro Segura, posiblemente profesor suyo en su etapa complutense<sup>97</sup>; aunque sea breve su relato, sale en defensa de las críticas que se hacían al gasto de la obra, intentado justificarlo como una misión providencialista de la Corona y como bastión del contrarreformismo católico: «No se puede callar ni dejar de decir

97. MARTINI SEGRURAE MATUTENSIS, *Gramática Institutio...* Compluti. Apud Ioanem Iniguez Lequericam. Anno 1580; los elogios del Escorial, en la dedicatoria, pp. 5v-8. 2.ª ed., 1586; 3.ª ed., 1589. Además de haber conocido la obra en Alcalá, el ejemplar del Escorial sin duda sería consultado de nuevo para inspirarse en su dedicatoria, cfr. signatura 35.V.27

la obligación en que Dios ha puesto a nuestra nación Española por su católico siervo con tan maravilloso, rico y sumptuoso edificio ... porque aceptando Dios con particular providencia suya (y aún con milagros) este santo templo arruina y destruye todas las herejías (o las más) de estos desastrados e infelices tiempos» (JS-IIR, 109).

### 3.6. *Las reliquias*

Otro de los asuntos muy tratados en las fuentes jerónimas es el de las reliquias; asunto justificado por la enorme devoción —¿sólo eso?— del rey hacia ellas, por la atracción ambiental del clero bajo y del pueblo existente en el mundo católico, como se había reflejado pocos años antes en Trento (Sesión XXV, de 3/4-XII-1563)<sup>98</sup>. Sabemos que con tanta ilusión y constancia como los embajadores filipinos buscaban códices miniados por Europa, con no menos ahínco seguían los rastros de arquetas con reliquias y las correspondientes auténticas que garantizasen la legitimidad de las mismas provenientes de tantos monasterios y templos saqueados entonces en los países de Europa central con motivo de las guerras de religión<sup>99</sup>.

Tenemos constancia documentada de cómo van llegando al Escorial estos cargamentos óseos y sagrados donde se reciben con toda solemnidad, pasando a formar parte del tesoro inmaterial más apreciado

98. DENZINGER, E., *El Magisterio de la Iglesia*, Barcelona 1963, pp. 278-279. Nueva ed., Barcelona 1999.

99. En el relato de este tema se podría ver una contradicción en Sigüenza: defensor de las reliquias, con lo que significa un mundo crédulo y un culto externo y ceremonial, por una parte, sabiéndolo, por otra, portador de la antorcha del biblismo y del cristianismo interior —Evangelio desnudo— heredado de su maestro Montano; llegando incluso a converger inverosímilmente su antierasmismo con ciertas aproximaciones crasmianas sin Erasmo, actitud bastante extendida en algunos círculos del catolicismo culto español del siglo XVI (Valdés, fray Luis, fray Alaejos...); también es conveniente recordar que su reciente proceso le tuvo que hacer más cauto a la hora de poner por escrito su pensamiento religioso. VILLALBA, L., «Influencia de Montano en la mentalidad del P. Sigüenza» (pp. XXIX-XXXVIII), y «La Historia del Rey de los Reyes. Influencia de Montano en esta obra» (pp. CCLXVII-CCXCVIII), en *Historia del Rey de reyes*, o.c., t. I; BATAILLÓN, M., *Erasmo y España*, o.c., pp. 738-749; ÍDEM, «Prólogo» al *Enquívion o Manual del Caballero Cristiano*, de Erasmo, Madrid 1971, esp. pp. 65-84; FLÓREZ, R., «Utopía bíblica y quejumbre». en *El Escorial y Arias Montano*, Madrid 2000, pp. 317-562.

del monasterio, porque su valor está puesto en un nivel espiritual; para su guarda y custodia enseguida se creó el oficio de reliquero<sup>100</sup>.

Fray Juan de San Jerónimo transcribe unos documentos oficiales (carta de Felipe II y actas de la entrega de 1568-1569) en los que se cuenta la recogida y el traslado desde Huesca de unas reliquias de los Santos Justo y Pastor y de los padres de San Lorenzo (Santos Orencio y Paciencia), y su llegada al Escorial, en manos del prior jerónimo de Santa Engracia de Zaragoza, fray Juan de Regla, y el recibimiento que le tributan (JSJ-M, 46-56); cuenta la entrega de reliquias enviadas desde Roma por el cardenal de Augusta, monseñor Otho Truchses, a finales de mayo de 1570, en la que participó personalmente él sufriendo las inclemencias del tiempo manifestada en una fuerte tormenta de viento, agua y granizo (JSJ-M, 57-63). También refiere la entrega de 1574, proveniente del embajador español en Venecia, don Guzmán de Silva, afirmando que el número de reliquias existentes «entre todas serán como novecientas pocas más a menos» (JSJ-M, 118-119), y la llegada de dos preciosas reliquias, como fueron una parte del omóplato de San Lorenzo y el cráneo de San Hermenegildo, príncipe de España, con asistencia del rey (JSJ-M, 399-400). También recuerda cómo en alguna ocasión, al venir Felipe II al monasterio con la familia real, visitaba las obras y pasaba a ver las reliquias (JSJ-M, 393).

Aunque relate brevemente en sus *Memorias* otros sucesos acaecidos en El Escorial, Fray Antonio de Villacastín no hace referencia alguna a llegadas y entregas de reliquias; en cambio, a Jehan Lhermite le dice que en la iglesia hay cuatro relicarios de metales preciosos: «hay pedazos de la Cruz de Nuestro Redemptor Jesu Cristo, y huesos y reliquias de todos los apóstoles y mártires de todas las naciones de cristianos, y de muchas vírgenes sanctas y viudas y doctores de la Iglesia» (V-CL, 219).

100. ESTAL, J. M. del, «Felipe II y el culto a los santos», en *Felipe II y su época*, Actas del Simposium. San Lorenzo del Escorial 1998, t. II, pp. 457-504; Íd., «Felipe II y su archivo hagiográfico del El Escorial», en *Hispania Sacra* (Barcelona), 23 (1970) 193-333; Íd., «Inventario del Archivo Hagiográfico de El Escorial», en *La Ciudad de Dios* (San Lorenzo del Escorial), 211 (1998) 1145-1220; Íd., «Inventario de las reliquias veneradas en el Real Monasterio de El Escorial», en *La Ciudad de Dios*, 212 (1999) 713-794; ANDRÉS, G. de, «Historia y descripción del camarín de las reliquias de El Escorial», en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños* (Madrid), 7 (1971) 115-127; GARCÍA-FRÍAS CHECA, C., «El Camarín de Santa Teresa: Una pequeña "cámara de maravillas" del Monasterio de El Escorial», en *Monjes y Monasterios Españoles*. Actas del Simposium. San Lorenzo del Escorial 1995, t. I, pp. 135-160.

COMENTARIOS  
*Libro Tercero*  
 Y DISCURSOS  
*de la historia de la orden de S. Gerónimo*  
 De la fundación y grandeza del Monasterio  
 De S. LORENCIO EL REAL  
 de la orden de S. Gerónimo.

Fabrica del Rey Don PHILIPPE Segundo ~

PROLOGO

En ninguna cosa, si lo miramos atentamente, acertaron menos los hombres que en las que son de derecho para las comodidades de su Vida y para sus propios usos. Puede ser que no sea a nosotros tan claros los errores de aquellas cosas que llamamos es peculativas, por que de su naturaleza son mas secretas; mas al menos, aunque no se fuera para que estos yerro son los que mas clara nos enseñan su ignorancia. Aquellos primeros hombres que cobdiciaron tan desordenada mente saber bien y mal y ser en ellos comodios. La primera muestra que dio de su suaviduria fue buscar para cubrir su desnudez, hojas de arboles, la primera y mas infeliz fabrica que salio de las manos humanas; porque esta materia era conueniente para la formacion de la vida, ni la otra tenian buena proporcion con el fin; pues las hojas de higuera se purgen y se deshacen en unas conotas, y quando admitieran esto, fueran de otro punto inuitos para cubrir la desnudez, adornar los miembros, ni ser de dura, ni defender de las injurias del tiempo al cuerpo. Si pasamos mas adelante y vamos descubriendo por sus mas illustres obras, ha llanamos castidad a las que son propias invenciones suyas, finciéronnos mejor principio a las enderco mejor maestro, que tal vez de otro como erudito y natural los errores desta primera ignorancia y por lo menos peccan de superfluas, arrogantes o vanas. Inuencion de los hijos de Cain fueron todos los inhumanoz mudicos y todas las otras cosas que llamanos para distinguirlas de los; humanidades, demetales fuertes y duras, tan las cosas y danos para el alma los vicios, como porniciosos y otros al cuerpo los vicios. La primera y mas illustre fabrica que salio de comun acuerdo, de las manos de los hombres despues del diluuió fue aquella famosa ciudad y torre que para eterna ignominia suya se llamo despues Babel, llenada de ambicion y de altancia, fincio fin ni otro uso mas de celebrar y vanamente sus vanidades y se supuso para siempre que aly era el solar primero donde se hauian de yr abusar los obos largos, de los primeros pobladores del mundo (torre, que como dize Dios, jamas cesaran los hombres de levantar) como si el fin de los edificios fuese este, o como si no fueran todos hijos de un mismo padre. Note que auiltenian delante de sus ojos. Estas otras primeras Vanidades que me originales errores se siguieron y combatoron por el mundo infinito obras. De aqui naciéron aquellos muros tan celebrados, los Mausoleos, las Piramides, los Colosios, Las Torres Altas, las ciudades, Plazas, Templos, Aras, Estatuas; Los Teatros, Amphitheatros, circos, obeliscos, Fuentes, Fornos de Barro, Arcos, Porticos, Muelles, columnas, Pasadizos, Fuentes, Aguaductos, Vinos, Huertas, Jardines, Casos, Vigas y quaidigos. tantas diferencias de Archivos, Nefas, fiestas, cathedras, torres, Vaso y uelidos de unas diferencias que sabran contrastarse. De todo esto que es dificultoso ponerlo en lista, a hecho ya la curiosidad del hombre buena parte de sus

Viniendo a estos y no puede

Fray José de Sigüenza habla por extenso de las reliquias cuando describe los relicarios, perfectamente catalogadas por nombre y tamaños (S-H, 662-669); habla de ellas como de «un divino y celeste tesoro ... traídas y adjuntadas por el celo santo y por alguna pía y santa codicia. Esta, sin duda, fue en el Rey don Felipe grande» (S-H, 452-453); une en el mismo relato las entregas de 1568 y 1570, y donde Juan de San Jerónimo dice que fue una tormenta, Sigüenza interpreta aquel fenómeno en clave providencialista, diciendo que «todo esto quisiera estorbar el enemigo de la salud del hombre: hizo todo lo que pudo o lo que se le permitió» (S-H, 453); refiere la entrega de la reliquias conseguidas por el embajador en Venecia (S-H, 461) y la personal que hizo el rey en la Semana Santa de 1586 (S-H, 497). La relación de Felipe II con las reliquias fue frecuente y profunda; siempre que podía en sus visitas al monasterio, pasaba a verlas y venerarlas (S-H, 536-537); también las visitaban otros miembros de la familia real, como la emperatriz doña María, tía del rey (S-H, 497). El monarca escoge personalmente las que han de estar expuestas de forma especial cuando la consagración de la basílica (S-H, 519), la información de Sigüenza debe ser bastante exacta porque fue reliquiario y se las mostró muchas veces (S-H, 513); hace una descripción fuertemente naturalista –barroco puro– explicándonos la actitud y reacción de Felipe II con las reliquias cuando llegó un cargamento en 1598: «Mandaba leer los testimonios con gran cuidado y ver las minutas, y hacer traslados de lo uno y lo otro, y andaba tan codicioso y tan santamente avariento en esto, que pasaron sobre el caso cuentos extraños; porque con ser tanta la multitud de reliquias y piezas tan grandes y notables, se le iban los ojos tras cualquiera partecilla que se desmoronaba o caía, o le parecía que podían tomársela; en ninguna parte las tenía por seguras, de todos sospechaba y se recelava; hacía que le pusiesen muchas de ellas en los ojos, y en la boca, y en la cabeza, en las manos, donde le apretaba aquellos días la gota, que le fatigó mucho...» (S-H, 534).

Cuando llegó al Escorial en el que sería último viaje, fue a visitar una vez más las reliquias y a los dos días siguientes tornó a verlas para comprobar cómo se estaban asentando las últimas que habían venido, y no aguantando su estado físico, tuvo que ser llevado –«casi echado»– en su silla (S-H, 536-537). Y de forma parecida a la descrita antes por fray José tenemos el relato de la última enfermedad, antes de una intervención en la pierna más afectada por la gota, ordenando una procesión privada y un altar donde el reliquiario fray Martín de Villanueva le fuese poniendo y renovando las reliquias que había co-

leccionado (S-H, 543). Minuciosa es la descripción que nos hace —en realidad todo el discurso XIX del Libro III, Parte III— de la recogida de reliquias por Centroeuropa en una expedición singular presidida por el agustino fray Baltasar Delgado, en 1597-1598, del itinerario seguido y de las celebraciones organizadas en muchas ciudades por las que pasaron, hasta que fueron entregadas al Escorial. Allí fueron recibidas con toda la solemnidad litúrgica de que fueron capaces estos monjes especialistas en culto y con poca asistencia de público, lo que significó «ser un acto y un día de los más regocijados para el espíritu que se ha visto en esta casa desde el día de su fundación, porque, como no hubo mucho concurso de gente que turbase ni otro ruido, gozose bien, y fue propia fiesta de religiosos» (S-H, 536).

Fray Jerónimo de Sepúlveda no conoció las primeras entregas de reliquias, pero son importantes las alusiones que hace al tema porque reitera lo que ya sabemos y amplía la explicación; en 1587 Felipe II daba prisa a los plateros de Madrid para que terminasen los muchos relicarios encargados y «mandó se pusiesen en los altares colaterales, adonde ahora están [y ahí continúan] ... Estuvo el Rey Católico al ponerlas y él las mandó poner por su orden como ahora están y se ven, cuál reliquia había de estar junto a cuál» (JS-H, 43-44 y 65). El origen de la llegada de estas cuatro cajas de reliquias fue que «oyendo decir las grandes maldades, e insolencias que los pérfidos herejes usaban con ellas y poca reverencia en que eran tenidas, doliéndose de esto extrañamente ... mandó a ciertos religiosos ..., a los cuales el mismo Rey Católico había enviado a sus expensas para que rodeasen a toda Alemania, Flandes, Polonia, Inglaterra, Francia y otras muchas provincias [y] comprasen cuantas reliquias hallasen, y a trueque de muchos dineros las rescatasen y no reparasen en precio, y de esta suerte las sacasen de entre aquellos pérfidos herejes, y de esta suerte las sacaron y trujeron después de muchos trabajos que padecieron por espacio de cuatro años que anduvieron peregrinando por todas tierras y provincias pasando grandisimos infortunios, al cabo de los cuales llegaron a Madrid...» (JS-H, 184-185); cuando describe el monasterio habla de las reliquias que allí se conservan con cierta amplitud (JS-H, 362-364).

### 3.7. *La Biblioteca*

Como una de las piezas claves, la librería era un lugar privilegiado en el edificio y esto es así por voluntad expresa de Felipe II aunque no

figure el tema en la Carta de Fundación<sup>101</sup>. Los jerónimos fueron conscientes de esta preocupación regia porque en sus obras aparecen frecuentes referencias a la biblioteca, especialmente a las vistas que hacía el rey cuando la enseñaba personalmente a la reina y a determinados visitantes ilustres (JSJ-M, 258 y 393-394); incluso detallando el día que lo hizo más rápido (23-V-1575), porque «como el Rey nuestro Señor tenía voluntad de enseñarles toda la casa, altos y bajos, de cuatro claustrillos, se daba S. M. alguna prisa» (JSJ-M, 128).

Juan de San Jerónimo informa que poco después de la primera entrega de libros se hizo un recuento (VI-1575) y «se hallaron al pie de cuatro mill libros sin los que se habían entregado para las celdas de los padres, que eran en cantidad» (JSJ-M, 134), «todos o los más originales y esquisitos» (JSJ-M, 142); también recoge escuetamente cuándo llega la librería de don Diego Hurtado de Mendoza (JSJ-M, 167). Sabemos que el rey la visitaba con frecuencia, y en 1576 pasó a ver cómo estaba, tanto la librería como el archivo y las cosas que allí se guardaban (JSJ-M, 161); y no solamente eso, en una ocasión fue en compañía de la reina «a la encuadernación a ver como los Parises encuadernaban los libros de la Librería Real» (JSJ-M, 214). Cuando se ultiman las obras y se van colocando las cosas en su lugar definitivo, el rey ordena que se pase la biblioteca, lo cual le tocó hacer a nuestro fray Juan, que lo refiere en tercera persona: «La cual librería pasó fray Joan de Sant Hiéronimo, bibliotecario, a quien ayudaron Nicolás de la Torre, escriptor griego, natural de Candía, y Pedro del Bosque, librero, el cual encuadernaba los libros della, y los del coro que eran doscientos catorce; y esta mudanza se hizo en quince días» (JSJ-M, 426). Como asunto de no pequeña importancia nos refiere todo el

101. ANTOLÍN, G., *La Real Biblioteca de El Escorial*, discurso leído en la recepción pública como académico de número en la Real Academia de la Historia. San Lorenzo del Escorial 1921; ZARCO, J., «Notas históricas sobre la Biblioteca», en *Catálogo de los Manuscritos Castellanos de la Real Biblioteca de El Escorial*, Madrid 1924, t. I, pp. IX-LIII (siglo XVI); RABANAL, V., *Los Cantorales del Escorial*, San Lorenzo del Escorial 1947; BORDONAU, M., «La Librería y los Libros de Coro del Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial», en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* (Madrid), 71 (1963) 243-273; ANDRÉS, G. de, *La Real Biblioteca de El Escorial*, Madrid 1970; CAMPOS, F. J., *Carta de Fundación*, o.c., pp. 338-340; FLÓREZ, R., «Los jerónimos y la cultura: Realidad y sino de la Biblioteca del Escorial», en *Fondo Manuscrito Americano de la Biblioteca de San Lorenzo del Escorial*, San Lorenzo del Escorial 1993, pp. 7-25; GARCÍA-FRÍAS CHECA, C., *La pintura mural y de caballete en la Biblioteca del Real Monasterio de El Escorial*, Madrid 1991; LÓPEZ GAJATE, J., «La pintura en los Libros Corales del Escorial», en *El Monasterio del Escorial y la Pintura*. Actas del Simposium. San Lorenzo del Escorial 2002, pp. 33-63.

proceso de elaboración de los cantorales (selección de pieles, de iluminadores, de diseño de las páginas, etc.), destacando sobre todo el jerónimo fray Andrés de León, que procedía del Monasterio de La Mejorada de Olmedo (JSJ-M, 183-184 y 33-34).

Entre las cosas notables con que cuenta el monasterio fray Antonio de Villacastín le informa a J. Lhermite que existen dos librerías: una para el coro, «en que está escrito y apuntado todo lo que se canta y reza en toda la Iglesia de Dios...; otra librería para los libros de las Ciencias y Sagrada Escritura», labrada en maderas de Nuevo Mundo y decorada al fresco por Peregrín Tibaldí, «que parece ser la más prima pintura que se puede hallar de presente, así en dibuxos como en colores» (V-CL, 218-219).

Siendo fray José de Sigüenza hombre de libros, no podía por menos de extenderse ampliamente en describir las librerías de San Lorenzo: espacio que ocupan, las estanterías, las pinturas, los libros, la clasificación, etc., en cuyas páginas no podemos entrar (S-H, 607-629). Pueden bastar dos citas elocuentes, al comienzo de su descripción, referidas al lugar, la primera: «La mayor y la más notable atraviesa de Norte a Mediodía, que no viene mal con el consejo de Vitruvio, teniendo la luz de la mañana, tan importante al estudio, y la de la tarde, cuando ya se puede tornar a los libros, gastada la comida, que estorba, y puertas en los mismos testeros para entrar a ella, de parte del convento y del colegio, y asentada, como dije, encima del zaguán y puerta principal de toda la casa» (S-H, 608); en la otra nos habla de su relación personal con los libros: «pues al fin lo principal es libros, amigos y compañeros perpetuos casi desde la cuna, y porque he puesto en ello las manos y alguna parte del ingenio (S-H, 608).

En el Libro anterior, al hablar de las obras, recuerda la primera entrega de libros «que aquí iba juntando Su Majestad para que se comenzase a levantar una librería célebre» (S-H, 467), cosa que se estaba logrando «porque entró en ella a esta sazón la de don Diego Hurtado de Mendoza» (S-H, 472). En julio de 1598, cuando el estado del rey era alarmante, quiso visitar la biblioteca principal y subir a la alta «por que le dije había mudado el asiento de los cajones de aquella pieza, que no me contentaba el que tenían de primero. Violo y agradóle, porque quedó la pieza muy desembarazada y alegre. Creo que fue lo postrero que vio en esta su casa» (S-H, 537). También recoge el dato de cómo se preocupó desde muy pronto en facilitar medios de formación a sus monjes: «En este mismo día [19-II-1577] mandó proveer más de dos mil ducados de libros para repartir

por las celdas de los religiosos y poner en una librería pequeña de prestado, entendiendo cuán importante son lección y libros para religiosos tan recogidos...» (S-H, 474).

Fray Jerónimo de Sepúlveda habla de la biblioteca cuando describe el monasterio (JS-H, 371-372), y muy de pasada nos refiere antes cuándo se terminaron de pintar los frescos, en 1589, sin informarnos de otros detalles personales con relación a ella (JS-H, 74 y 136).

### 3.8. *Comedias y fiestas*

Hay un tema cultural complejo contemporáneo a la construcción del Escorial conocido genéricamente como «fiestas barrocas», pero cuyo origen hay que llevarlo mucho más atrás, porque fueron fiestas de concepción, estructura y desarrollo barrocos, pero celebradas antes y después del Seiscientos<sup>102</sup>.

Puede sorprender que en un monasterio austero y observante como fueron los orígenes del Escorial, bajo el patronazgo de un rey piadoso que busca y quiere, como los religiosos jerónimos, el celo de la Casa de Dios, tuvieran lugar este tipo de celebraciones; cuando se comprende que es una forma de manifestar el pueblo sus creencias de forma colectiva –y estaban junto a un núcleo rural, más los obreros–, siendo asimilado este comportamiento por el hombre de todas las culturas y de todas las épocas, estas fiestas fueron entonces un exponente más de la universalidad del modelo.

Fray Juan de San Jerónimo apunta unas cuantas; refiere las celebradas con motivo de la llegada de reliquias en 1569 y 1560 (JSJ-M, 51-53 y 59-63); habla de otra –justas y torneos– celebrada en honor de la reina en la abadía de Párraces (Segovia) en junio de 1578 (JSJ-M, 215-226); de muy escurialense debemos catalogar la fiesta organizada por fray Antonio de Villacastín en marzo de 1575, al subir las piedras del losado de la basilica, con cortejo de disfraces, bailes, guarnición de soldados, carrozas y corrida de novillo (JSJ-M, 121-123). Incluso dentro de estas celebraciones anotadas hay que incluir los funerales por don Sebastián y la jura de don Enrique como rey de Portugal, celebrados en Lisboa en

102. CAMPOS, F. J., «La fiesta del Seiscientos: Representación artística y evocación literaria. Materiales para un debate», en *Anuario Jurídico y Económico Escurialense* (San Lorenzo del Escorial), 31 (1998) 993-1016.

agosto de 1578 (JSJ-M, 235-237). Es época también de representaciones teatrales: autos y vidas de santos, con fin de «docere et movere»; hay constancia de obras montadas durante alguna celebración especial o con motivo de las grandes festividades religiosas anuales, fundamentalmente el Corpus, y algunas de ellas con asistencia de los mismos reyes, las cuales eran protagonizadas por los niños del seminario (JSJ-M, 53, 63, 132, 167, 215, 227 y 385), aunque en una ocasión «se representaban tragedias en este monasterio por los mejores representantes que había en España, que el principal se llamaba Cisneros, natural de Toledo ... y las representaciones se hacían entre las dos escaleras que están en los nichos a la parte del mediodía...» (JSJ-M, 227).

No deja de ser llamativo, por agudo, que fray Juan de San Jerónimo hable de corridas de toros, pero en ambos casos tenga más trascendencia que la del mero festejo. En la primera ocasión se celebraron en El Escorial, el 18-IX-1576, a petición de don Juan de Austria, que allí estaba; y mientras asistió el príncipe y toda la familia real, «el Rey Don Filipe nuestro Señor no se halló en ellos ni los quiso ver por la justa causa que le movió; y en el entretanto que los toros se corrían en el Escorial, S. M. se quedó con el prior del dicho monasterio, y con fray Antonio el obrero, natural de Villacastín, con los cuales solos anduvo visitando la obra de la iglesia», que era cuando la polémica del labrado de las piedras (JSJ-M, 170-171). Ante el cariz que tomaban los asuntos de Flandes —había llegado un correo el día 20— el rey y su hermano se volvieron a Madrid para preparar en secreto el viaje del Príncipe a aquellos Estados; don Juan dio órdenes para «que se corriesen toros y se hiciesen otras cosas de regocijo, por más encobrir lo que por S. M. del rey nuestro Señor se le había encomendado» (JSJ-M, 173).

Muy normal y familiar debió parecerle a Villacastín la fiesta organizada por él, en 1575, porque no dice nada en sus *Memorias*. Sigüenza deja constancia de algunas de las fiestas celebradas, por ejemplo, la del obrero mayor, la de Párraces y la organizada con motivo de la llegada de las cuatro cajas de reliquias (S-H, 463, 484 y 534-535); incluso se enteró que en Madrid se celebraron regocijos con motivo de la elección de Urbano VII (S-H, 511). También se recogen algunas de las representaciones hechas en el monasterio (S-H, 455 y 465), y hablando de que un año marcharon los reyes a celebrar el Corpus en Toledo refiere como hecho habitual que allí asistieron a una representación de los niños del Seminario (S-H, 488).

Fray Jerónimo de Sepúlveda no señala ninguna fiesta celebrada en El Escorial, pero sí refiere algunas organizadas en España, en lógica consecuencia al título de su obra; cuando el desastre de la Invencible, «visto por el Rey Católico tanto lloro y tanta tristeza tuvo necesidad de mandar, y sacó premática de ello, que nadie trujese luto por los que murieron en esta jornada, y dio licencia para que se pudiesen hacer fiestas y se corriesen toros, para que la gente se alegrase y regocijase, que bien menester lo habían» (JS-H, 60). Refiere los festejos organizados en Madrid con motivo de la elección de Urbano VII (JS-H, 112) y los celebrados en su Valladolid natal cuando la visitó en 1592: «Y aquella nueva ciudad hizo grandes fiestas al Rey y al Príncipe, y de aquí quedó tan aficionado [a] aquel lugar, y también le hicieron grandes presentes en agradecimiento que S. M. tuvo cuidado de hacer aquel lugar suyo patria donde él había nacido ciudad y obispado, contradiciéndolo todo el mundo y le ilustró tanto él» (JS-H, 137).

Al hablar de la procesión del Corpus y las comedias, repite de forma muy parecida las celebraciones de uno y otro año (JS-H, 45 y 64); cuando habla de la consagración de la basilica refiere un hecho no recogido por Sigüenza, como fue la representación de una comedia al terminar la consagración del altar mayor; «trujo don Andrés Pacheco, obispo de Segovia. Tratava de cómo doctoraron al apóstol San Pablo. Diéronle un bravo examen y después la veza (?) y borla los cuatro Doctores de la Iglesia. Fue mucho de ver, porque la representaron muy altamente los clericones de la iglesia de Segovia, y la comedia estaba muy agudamente compuesta, y así holgaron todos de oirla» (JS-H, 174).

### 3.9. *Vida cotidiana*

Los hechos de la vida diaria sucedidos en la primera etapa del Escorial y recogidos por los historiadores jerónimos de la época son abundantes, tanto los internacionales como los nacionales, fruto de la observación y de la información que poseían, a pesar de que era un monasterio retirado y de que siendo obras fundamentalmente personales quisieron incluirlos como prueba de que aquello les había llamado la atención. Cifándonos a los temas locales, hay asuntos obligatorios, bien por su importancia o por su significado, que fueron recogidos por los jerónimos testigos de los sucesos, entre ellos el incendio de 1577, el caso del perro aullador, las visitas de don Juan de

Austria al monasterio y la llegada de los trofeos de Lepanto, la entrega de la rosa de oro y otras distinciones pontificias, la visión de un cometa en el invierno de 1577-1578, con el temor de los muchos presagios que le atribuían, la jura de los herederos, los nacimientos y las de miembros de la familia real, etc..

También nosotros tenemos que elegir y recogemos aquellos sucesos que creemos más llamativos por su objeto y circunstancias.

Fray Juan de San Jerónimo habla de que en mayo de 1575, cuando se administró el sacramento de la confirmación en la iglesia de prestado al Príncipe y las Infantas, en presencia de los reyes y los Príncipes de Bohemia, también confirmó el obispo de Segorbe, electo de Salamanca, a los niños del Escorial. «Y como tuviese costumbre el dicho obispo en acabando de confirmar al niño darle un bofetón, a uno del Escorial que le dio mas recio de lo que él quisiera, empezando a llorar le llamó hijo de la puta al dicho obispo, oyéndolo todos los que se hallaron, que fue cosa de que se recibió gusto y contentamiento, así por las personas Reales que presentes estaban, como por los caballeros y criados de SS. MM. y aun los frailes de casa» (JSJ-M, 130).

El esparcimiento en la naturaleza es un uso prescrito en las costumbres de todas las órdenes monásticas; también lo tuvieron los jerónimos, y queda constancia del primer día que lo hicieron comunitariamente, el 26-VII-1575: «Teniendo consideración nuestro padre prior fray Julián de Tricio al grande trabajo que los padres desta casa habían tenido en las velas, disciplinas, procesiones y oraciones que se habían hecho por la salud del Príncipe don Fernando ... mandó su paternidad que todo el dicho convento saliese junto y se fuese a la Herrería de Fuente Lámparas a espaciar y regocijar ... y no salieron por la puerta principal de la casa por salir con menos nota de los oficiales y gente de la obra, etc.» (JSJ-M, 147).

Después de trasladarse el Colegio de Párraces al Escorial quiso solemnizar el comienzo del curso Felipe II (1 de octubre de 1575), asistiendo con sus caballeros a las primeras lecciones: «Leyó a las ocho de la mañana el doctor Sebastián Pérez catedrático de prima de teología, y a las nueve horas leyó el doctor Astorga catedrático de artes... Y no leyó el doctor Caxa a la tarde porque no había venido de su tierra. También se halló S. M. a la lición de gramática que leyó el Licenciado Sánchez, por honrarlos a todos» (JSJ-M, 150-151).

Entre los muchos accidentes habidos en la obra recoge Juan de San Jerónimo la muerte de dos peones en las canteras de cal de la Hertería, uno de ellos vecino de la cercana villa de Zarzalejo, al otro lado de la montaña, «dende el cual vino la triste de su muger con su gran pobreza mas muerta que viva llorando por aquellos campos sola sin ninguna compañía sintiendo la muerte de su marido atribuyendo a si la desventura, la cual por su gran pobreza no tenía quien le llevase su marido, y ansi vino por él hasta la dicha calera, donde los grandes sentimientos que tuvo provocó los duros corazones de los peones que allí estaban trabajando a tenerla compasión, y así se dio luego orden en que se llevase el cuerpo del muerto a su lugar» (JSJ-M, 162).

Cuenta cómo otro obrero fue a buscar la muerte. «En 5 de jullio del dicho año 1578 subiendo una pieza de piedra con una grúa junto a la torre de las campanas de la parte del norte, pasando por debajo un hombre cayó la piedra y le mató, que fue cosa de gran lástima; y lo que fue de doler es que este hombre echando a huir de la gran piedra, se fue corriendo a meter debajo della» (JSJ-M, 228).

Otro hecho que narra como escarmiento y con visión providencialista es la historia de un pederasta; el 7 de noviembre de 1577 «quemaron junto a la caballeriza del Rey en la villa del Escorial a un mozo de hasta veinte y cuatro años, porque cometió el crimen nefando con dos muchachos de edad de diez años, en los jarales, debajo de la cocina del Rey nuestro Señor, y en otras partes. Murió con grande arrepentimicnto. Este mozo era hijo de un panadero de la Reina Doña Ana nuestra Señora. Este desventurado de mozo traía estos ruines tractos con los muchachos en este verano, en el cual tiempo nuestro Señor envió grandes señales en esta tierra, y enviando fuego del cielo a este monesterio, y espesos rayos y truenos, y gruesos granizos, con otros grandes trabajos dignos de ser temidos como lo experimentamos los que lo vimos» (JSJ-M, 212).

Dada la fama del Escorial, algunas de las dignidades, civiles o eclesiásticas que a él llegaban en misión oficial, aprovechaban para ver el monasterio, como refiere de las autoridades que presidían las comitivas que llevaban a enterrar los cuerpos de miembros de la familia real que fallecían: «Finalmente en acabando de decir la misa y depósito se fueron todos a comer, y después vieron la casa con las reliquias y librería y todo lo demás, y luego se partieron de Sant Lorenzo sin hacer noche en él», JSJ-M, 337 y 361).



**LIBRO DE LOS ACTOS  
CAPITULARES DESTE  
MONESTERIO DE S.  
LORENCO EL REAL**

El qual contiene desde la primera  
fundacion del dicho Mon.  
como paresce

por la relacion verdadera que esta en las primeras  
doze hojas deste libro comenzando desde esta  
primera hola

**EL FVNDADOR DESTE MONESTERIO ES EL REY DON  
PHILIPPE N. S. HIJO DEL EM  
PERADOR CARLOS V.**

**Q** AViendo Rescobido el Rey Don Philippe N. S.  
segundo de este nombre sus Reinos en vida del emperador Don  
Carlos quinta su Padre tan de naxa segun las quantas naxas  
mas el Rey en causa de guerra seduo su madre en campo de  
sangunian en francia que alinda con sus estados. — **El Rey**  
Luceo socorro su cuerno con el mayn. Para que sea que fue  
el de esta fecha de y el de mayo. Apunto se cuenta persona  
mine, si supiere del Lo con rinta. Pero embu los supo  
y para de las se Medacion en sangunian; y para ve  
nian para el mismo efecto. En el socorro de su madre y don  
de seduo la batalla y fue la batalla que se todo sabra  
La qual seduo en el año de los años y de naxas naxas idat  
decho que fue en el año de mill y quinientos y quatro  
y quatro. Los que se la rompieron fue de la batalla  
de España y falló se su madre en campo armado de Arma en  
Año de naxas. Fue de los años de campo contrario.  
y para la flos de naxas, donde se dio los que no se naxas  
mas de sus personas e dieron Puntos de gran Revuete  
los que allí no fueron que daron como en cora  
En el año de en sangunian para ser de los años de quatro  
Dias. — Cuen mas de naxas no fue su madre

*Chirico segundo*

1554

1559

Bastante humano, fray Juan no une siempre las anomalías climatológicas con signos del demonio; incluso hay una vez que después de la tempestad viene una buena sorpresa: el 1 de junio de 1575, «antes de que comenzase la bendición [de una aras de altar] vino una repentina tempestad de agua y granizo con grande oscuridad que puso pavor. Y en ese día le vino a S. M. un caballero que venía de parte del Cardenal Granvela gobernador de ..., en que le ofrecía a S. M. un millón y doscientos mill ducados para socorrer a la necesidad que tenía» (JSJ-M, 131); también sabía lo que significaba la llegada del metal precioso americano y lo recoge: el 28 de septiembre de 1587 «vino nueva a S. M. que el armada que venía de las Indias había llegado a salvamento, y que traía diez y ocho millones para sí y para particulares» (JSJ-M, 424).

Como contrapeso a la imagen austera y absorta en los problemas de Estado que se suele tener de Felipe II, no sin motivo, nos encontramos con estos apuntes escuetos del primer bibliotecario jerónimo del Escorial, que nos muestra otra faceta del rey: «el Rey nuestro Señor los veía dende su aposento; y la Reina Doña Ana nuestra Señora con las Infantas Doña Isabel y Doña Catalina, con el cardenal y el Príncipe Venceslao se abajaban al mismo lugar donde se hacía la representación ... y el Príncipe de España D. Fernando nuestro Señor estaba con el prior...»; se refiere a unas obras de teatro en junio de 1578 (JSJ-M, 227-228). En 1583, «segundo día de pascua fue S. M. a la Frexnedá con el obispo de Viseo, y le enseñó su aposento y granja, y pescaron en el estanque grande» (JSJ-M, 365); el 10 de Agosto de 1587, «a la tarde después de vísperas fueron SS. MM. a la villa del Escorial a ver la feria que fue muy principal» (JSJ-M, 423)<sup>103</sup>.

El día de San Jerónimo de 1584, pocos días después de puesta la última piedra, visitaron detenidamente toda la casa los reyes, la familia real y el séquito, y al terminar «entraron en una celda del dicho claustro principal donde les tenían los padres procuradores una muy buena merienda de gallinas, perdices y pemiles de tocino, piernas de carnero fiambre, tortillas de huevos con torreznos y buñuelos, quesos, rábanos, cardos, escarolas, mermeladas y mucha confitura con otras

103. El 31-III-1568 Felipe II había firmado en el Pardo una carta de privilegio por la que concedía una feria «la qual dure el dicho día de sanct Lorenço y quatro días antes y quatro después del dicho día que por todos sean nueve días de feria a la qual puedan yr y vayan libremente quales quier vezinos i moradores de todas las ciudades, villas y lugares destos nuestros Reynos y Señoríos y de fuera dellos y vender y vendan en los dicho nueves días de feria y en cada uno qualquier dellos franco y libre de alcabala...». Archivo General de Palacio, San Lorenzo, leg. 1

menudencias» (JSJ-M, 394); los jerónimos ofrecieron otras meriendas en este y otros monasterios a los reyes (JSJ-M, 171, 181 y 428).

Sabemos que Felipe II pasó largas temporadas y muchos veranos en El Escorial sin abandonar el gobierno de sus reinos, como dicen los escritores jerónimos, pero también nos dejan algunos detalles de otras ocupaciones; por ejemplo, Jerónimo de Sepúlveda nos cuenta que «lo demás de aquel verano [1588] gastó el Rey Católico en holgarse y irse a cazar. Un día mandó que le encerrasen un puerco jabalí ... El Rey entra y los demás dentro del coso; el Rey con sus hijos en su carroza y los demás en caballos, y como le acosan tan bravamente arremete a vengarse al conde de Fuensalida; arremetió y le medio mató el caballo, que de una cuchillada le echó las tripas fuera, y el Conde sino le favorecieran peligrara. Al fin le mataron. Vianlo los frailes desde las ventanas de la torre de la celda del prior» (JS-H, p. 64).

#### IV. CONCLUSIÓN

Después de este recorrido por la historiografía jerónima escurialense de la primera época comprobamos que San Lorenzo el Real fue visto, por encima de todas las cosas, como monasterio y casa real, extensivo a sus ámbitos de actuación de las instituciones que le dan vida y justificación.

Por ser la casa más significativa para la Orden de San Jerónimo, la miraron como cosa suya –que era también una forma de manifestar sincero y profundo agradecimiento al rey como señor y patrón legítimo– y emplearon el personal más cualificado de que disponían para que su impronta religiosa específica quedara inmersa desde los cimientos.

Son escritos personales e institucionales en los que podemos ver cómo van recogiendo información, documentación y datos, generalmente al hilo de los acontecimientos que relatan, espoleados por su interés, su curiosidad y la finalidad personal que buscaban. Sin programa, sin método, sin orden riguroso aparecen todos los asuntos de la vida eclesiástica y comunitaria (profesiones religiosas, órdenes sagradas, capítulos monásticos, biografías de religiosos ejemplares, nombramientos y renunciaciones de priores...) junto a los acontecimientos más sobresalientes de la familia real (nacimientos, muertes, traslados de los difuntos al Escorial, visitas y ocupaciones en sus estancias...). También incluyen hechos históricos de ámbito nacional (Lepanto, la

Invencible, prisión de Antonio Pérez y la princesa de Éboli, muerte de don Juan de Lanuza, saqueos de las costas perpetrados por Drake, rebelión de los moriscos, entrevista de Felipe II con su sobrino don Sebastián de Portugal, herencia del trono portugués y conquista de las Azores, etc), sin faltar sucesos de carácter internacional (muerte de Guillermo de Orange, de la reina de Escocia y el rey de Francia, noche de San Bartolomé, etc.).

Desde el punto de vista de las obras no encontraremos unas historias sistemáticas y completas en las que cuenten el desarrollo de la construcción y de los problemas planteados –arquitectónicos técnicos y laborales–, así como información de los protagonistas más destacados con relación a las obras y a la ornamentación; nuestros escritores hablan de lo que les interesa o juzgan importante para los fines que pretenden, dejando abiertas muchas interrogantes para posteriores investigaciones y correcciones. De todas formas, incluyen muchos documentos y datos por ser testigos presenciales que hacen posible, entre todas, una aproximación segura y fundamentada.

Por supuesto destaca la obra del padre Sigüenza, que es el gran difusor que de la imagen del Escorial ha pasado a las letras universales; su visión está unida indisolublemente al Monasterio de San Lorenzo el Real y difícilmente podrá ser sustituida. En la medida que mejor se conozca al historiador –su formación, su situación, sus objetivos– mejor se comprenderá su obra y al monasterio que allí se refleja. Creemos que hay menos subjetivismo y deseos de ocultar verdades de lo que se ha dicho.

Generaciones de jerónimos leyeron estas *Memorias e Historias*, entendieron su contenido religioso y comprendieron el monasterio jeronimiano; después de ser lugar tan estudiado, tenemos que reconocer que se acude a los escritos de los jerónimos para que nos aproximen a la obra del Escorial, aunque queden lagunas y vacíos, y es que a pesar de toda la ingente bibliografía y documentación existente, el monasterio seguirá teniendo misterios porque todo laberinto los tiene. Y El Escorial lo es.

## VI. BIBLIOGRAFÍA

Señalamos a continuación las obras y estudios que tienen relación directa y completa con el título del trabajo; queremos dejar constancia de un hecho que venimos constatando en muchas publicaciones

sobre El Escorial, especialmente en las más recientes, y que es fácil comprobar; nos referimos al silencio que se hace a la centenaria revista agustiniana de *La Ciudad de Dios* (1881...), sabiendo que «es el banco de noticias más importante sobre El Escorial»<sup>104</sup>, porque en sus páginas se han publicado centenares de trabajos de manos de muy solventes especialistas<sup>105</sup>; ignoramos si este silencio se debe a desconocimiento de algunos investigadores o a motivos menos imparciales que los de la objetividad de la investigación y los de la universalidad del saber.

ALMELA, J. A. de, «Descripción de la Octava Maravilla del Mundo...», Biblioteca Nacional, Madrid, ms. 1724. ed. de G. de Andrés, en *Documentos para la Historia del Monasterio de San Lorenzo el Real de El Escorial*, t. VI. Madrid 1962, pp. 5-98.

ÁLVAREZ TURIENZO, S., *El Escorial en las letras españolas*, Madrid 1985; 1.ª ed., Madrid 1963.

AGUILÓ ALONSO, M. P., *Orden y decoro. Felipe II y el amueblamiento del Monasterio de El Escorial*, Madrid 2001.

ANDRÉS MARTÍNEZ, G. de, «Inventario de documentos sobre la construcción y ornato del Monasterio del Escorial existentes en el Archivo de su Real Biblioteca», en *Archivo Español de Arte* (anejo), Madrid 1972.

ANDRÉS, G. de, «Entregas de Libros y Bibliotecas particulares al Escorial», en *Documentos para la Historia del Monasterio de San Lorenzo el Real del Escorial*, Madrid 1964, t. VII.

ANDRÉS MARTÍNEZ, G., «Inventario de documentos del siglo XVI sobre El Escorial que se conservan en el Archivo del Instituto "Valencia de Don Juan" (Madrid)», en *La Ciudad de Dios* (San Lorenzo del Escorial), 194 (1981) 511-595.

ANÓNIMO, «Lo que se ha de tener presente en las escrituras de Fundación y Dotación del Monasterio de San Lorenzo que de nuevo se han de hacer. Año de 1592», en *Documentos para la Historia del Monasterio de San Lorenzo El Real de El Escorial*, Madrid 1917, t. II, pp. 165-184. Ed. de J. Zarco.

ANÓNIMO, «Relación de las pinturas enviadas a Felipe II desde Roma para El Escorial en 1587», en *Documentos para la Historia del Monasterio de San Lorenzo el Real de El Escorial*, t. VIII, San Lorenzo del Escorial 1965, pp. 127-158.

ANTOLÍN, G., *La Real Biblioteca de El Escorial*. Discurso leído en la recepción pública como académico de número de la Real Academia de la Historia. San Lorenzo del Escorial 1921.

104. BUSTAMANTE, A., *Prólogo*, o.c., p. 8.

105. ALONSO TURIENZO, T., «La Ciudad de Dios, archivo de documentos escorialenses», en *Monasterio de San Lorenzo el Real El Escorial*, San Lorenzo del Escorial 1964, pp. 807-907.

- BENAVENTE, J. de, «Advertencias del P... y razones que dio cuando fue a Madrid llamado de nuestro Fundador para hacer otra Carta de Fundación y Dotación», en *Documentos para la Historia del Monasterio de San Lorenzo El Real de El Escorial*, Madrid 1917, t. II, pp. 185-202.
- BLASCO CASTIÑEYRA, S., «La descripción de El Escorial de fray José de Sigüenza», en *El Escorial: Arte, poder y cultura en la corte de Felipe II*, Madrid 1989, pp. 37-62.
- BURY, J., *Juan de Herrera y El Escorial*, Madrid 1944.
- BUSTAMANTE GARCÍA, A., «Prólogo» a la edición de las *Memorias de Fray Antonio de Villacastín*, del P. ZARCO. Madrid 1985, pp. 7-19.
- BUSTAMANTE GARCÍA, A., *La Octava Maravilla del Mundo. (Estudio histórico sobre El Escorial de Felipe II)*, Madrid 1994.
- CABRERA DE CÓRDOBA, L., *Laurentina*, San Lorenzo del Escorial 1975. Ed. de L. Pérez Blanco.
- CABRERA DE CÓRDOBA, L., *Felipe Segundo, Rey de España*, Madrid 1876-1877, 4 tomos; nueva ed. Salamanca 1998, 4 vols. Ed. de J. Martínez Millán y C. J. de Carlos Morales.
- CABRILLANA, N., «La fundación del Monasterio del Escorial: repercusiones económicas y sociales», en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, 5 (1970) 377-407.
- CALÍ, M.<sup>a</sup>, *De Miguel Ángel a El Escorial. Momentos del debate religioso en el arte del siglo XVI*, Madrid 1994.
- CAMPOS y FERNÁNDEZ DE SEVILLA, F. J., «Carta de Fundación y Dotación de San Lorenzo el Real, 22-IV-1567» en *La Ciudad de Dios* (San Lorenzo del Escorial), 197 (1984) 295-382.
- CAMPOS y FERNÁNDEZ DE SEVILLA, F. J., *Un manchego en los orígenes del Escorial: Fray Hernando de Ciudad Real, tercer prior (1571-1575)*, Ciudad Real 1989.
- CANO DE GARDOQUI, J. L., *La construcción del Monasterio de El Escorial*, Valladolid 1994.
- CERVERA VERA, L., *Las Estampas y el Sumario de El Escorial por Juan de Herrera*, Madrid 1954.
- CHECA CREMADES, F., *Felipe II, mecenas de las artes*, Madrid 1992.
- CHUECA GOITIA, F., *Casas reales en monasterios y conventos españoles*, Madrid 1966, nueva ed., Madrid 1982.
- CHUECA GOITIA, F., «El proceso proyectivo del monasterio de El Escorial», en *Arquitectura* (Madrid), n.º 231 (1981).
- CHUECA GOITIA, F., *El Escorial, piedra profética*, Madrid 1986.
- CONDE DE FABREQUER (J. Muñoz Maldonado), *Los misterios del Escorial*, Barcelona, s. a., 3 vols.
- CRUZ, J de la, *Historia de la Orden de San Jerónimo*. Biblioteca Real del Escorial, mss. & II.19, ff. 391v-394v; & II.22, ff. 1-5v. Ed. de L. RUBIO, en *Los historiadores* [II], o.c., pp. 99-103 y 105-111, resp.
- FERNÁNDEZ MONTAÑA, J., *Los arquitectos escorialenses: Toledo, Herrera y Villacastín*, Madrid 1924.

- FELIPE II, «Carta de Fundación y Dotación de San Lorenzo el Real», en *Documentos para la Historia del Monasterio de San Lorenzo El Real de El Escorial*, Madrid 1917, t. II, pp. 71-140, ed., de J. ZARCO.
- FELIPE II, «Testamento y Codicilos», en *ibid*, pp. 11-69. Ed. facsímil, Madrid 1982, con introducción de M. Fernández Álvarez.
- FELIPE II, «Adiciones a la Carta de Dotación y Fundación de San Lorenzo el Real», en *ibid*, pp. 141-163.
- FELIPE II, «constituciones del Colegio de S. Lorenzo el Real , dadas por Felipe II en el año 1579». Biblioteca Nacional. Madrid, ms. 942, en *Documentos para la Historia del Monasterio de San Lorenzo el Real de El Escorial*, t. V., Madrid 1962, pp. 129-225, ed. de M. Modino.
- GARCÍA LOMAS, M. A., «La Organización laboral y económica en la construcción de El Escorial», en *El Escorial. 1563-1963*, Madrid 1963, t. II, pp. 297-309.
- GONZALO SÁNCHEZ-MOLERO, J. L., *La «Librería rica» de Felipe II. Estudio histórico y catalogación*, San Lorenzo del Escorial 1998.
- GRACIÁN y DANTISCO, A., «Diurnal», en *Documentos para la Historia del Monasterio de San Lorenzo el Real de El Escorial*, Madrid 1962, t. V, pp. 7-127; San Lorenzo del Escorial 1965, t. VIII, pp. 7-63. Ed. de G. de Andrés.
- GRACIÁN y DANTISCO, A. «Descripción del Monasterio de San Lorenzo del Escorial», en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, 5 (1970) 55-79.
- HERNÁNDEZ, L., «Música y Culto Divino en el Real Monasterio de El Escorial (1563-1837)», en *Documentos para la Historia del Monasterio de San Lorenzo el Real de El Escorial*, t. X, San Lorenzo del Escorial 1993, 2 vols.
- HERNÁNDEZ, L., «Libros de costumbres de la comunidad jerónima del Monasterio de El Escorial», en *La Ciudad de Dios* (San Lorenzo del Escorial), 208 (1995) 633-662.
- HERRERA, J. de, *Sumario y breve declaración de los diseños y estampas de la fábrica de San Lorenzo el Real del Escorial*, Madrid 1589. Ed. facsímil de L. Cervera, Madrid 1954.
- ÍNIGUEZ ALMECH, F., *Las trazas del Monasterio de S. Lorenzo de El Escorial*, Madrid 1965.
- KUBLER, G., *La obra de El Escorial*, Madrid 1984.
- LAHUERTA, J. J., «El "Séptimo diseño" de Juan de Herrera, y la idea de El Escorial». El Escorial en el IV Centenario de su finalización, en *Arquitectura* (Madrid), 249 (1984) 29-34.
- LANAZASORO, J. I., «El Escorial: arquitectura de una "Civitas Dei"», en *Urbanismo e Historia Urbana en el Mundo Hispano*, Madrid 1982, t. II, pp. 719-726.
- LÓPEZ GAJATE, J., «Período histórico del Real Monasterio. Fecha errónea en las *Memorias de Villacastín*», en *La Ciudad de Dios* (San Lorenzo del Escorial), 205 (1992) 149-159.

- LÓPEZ GAJATE, J., «Arquitectos escurialenses: García de Alvarado, Maestro de la 'Galería de Convalecientes'», en *La Ciudad de Dios* (San Lorenzo del Escorial), 206 (1993) 441-510.
- LÓPEZ SERRANO, M., «El grabador Pedro Perret», en *El Escorial, 1563-1963*, Madrid 1963, t. II, pp. 689-716.
- MARTÍN GÓMEZ, P., *La casa perpetua del Rey de España o las tumbas reales de El Escorial*, Madrid 1987.
- MODINO DE LUCAS, M., «Los priores de la construcción del Monasterio de El Escorial». *Documentos para la historia escurialense*, t. IX. Madrid 1985, 2 vols.; San Lorenzo del Escorial 1998, t. III.
- MONLEÓN GAVILANES, P., «El otro centro del laberinto. Consideraciones sobre el sotacoro del monasterio de El Escorial», en *Arquitectura* (Madrid), 249 (1984) 35-38.
- MOYA BLANCO, L., «La composición arquitectónica en El Escorial», en *Arquitectura* (Madrid), 56 (1963) 6-19.
- NAVASCUÉS PALACIO, P., *El Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial*, Madrid 1994.
- PÉREZ DE MESA, D., *Primera y Segunda Parte de las grandezas y cosas notables de España...* Alcalá de Henares 1590.
- OSTEN SACKEN, C. von der, *El Escorial. Estudio Iconológico*, Bilbao 1984.
- OZAETA, J. M.<sup>a</sup>, «Arias Montano, maestro de Fr. José de Sigüenza», en *La Ciudad de Dios* (San Lorenzo del Escorial), 203 (1990) 535-582.
- PORTABALÉS PICHEL, A., *Fray Antonio de Villacastín...*, Madrid 1954.
- PORTABALÉS PICHEL, A., *Los verdaderos artifices de El Escorial y el estilo indebidamente llamado herreriano*, Madrid 1945.
- PORTABALÉS PICHEL, A., *Maestros mayores, arquitectos y aparejadores de El Escorial*, Madrid 1952.
- PRIETO CANTERO, A., «Inventario razonado de los documentos referentes al Monasterio de El Escorial existentes en la Sección de Casa y Sitios Reales del Archivo General de Simanca», en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* (Madrid), 71 (1963) 7-134.
- RIVERA, J., *Juan Bautista de Toledo y Felipe II. La implantación del clasicismo en España*, Valladolid 1984.
- RODRÍGUEZ DÍEZ, J., «Historia del molino en la Compañía del Real Monasterio de El Escorial. IV Centenario. 1596-1996», en *La Ciudad de Dios* (San Lorenzo del Escorial), 208 (1995) 689-752.
- RUBIO CALZÓN, L., «La victoria de San Quintín (1557) y la Fundación del Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial», en *La Ciudad de Dios* (San Lorenzo del Escorial), 170 (1957) 401-432.
- RUBIO CALZÓN, L., «Los historiadores del Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial [I]», en *La Ciudad de Dios* (San Lorenzo del Escorial), 172 (1959) 499-521.
- RUBIO CALZÓN, L., «Los historiadores del Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial [II]», en *Anuario Jurídico Escurialense* (San Lorenzo del Escorial), 17-18 (1985-1986) 35-117.

- RUBIO GONZÁLEZ, L., «Estudio Crítico de los valores literarios de Fray José de Sigüenza», en *Studia Hieronymiana*, Madrid 1973, t. I, pp. 399-482.
- RUBIO GONZÁLEZ, L., *Valores literarios del P. Sigüenza*, Valladolid 1976.
- RUBIO GONZÁLEZ, L., «Introducción a la obra de Fray José de Sigüenza», en *La Ciudad de Dios* (San Lorenzo del Escorial), 190 (1977) 143-157.
- RUIZ DE ARCAUTE, A., *Juan de Herrera, arquitecto de Felipe II*, Madrid 1936.
- RUIZ LARREA-CANGES, C. (coord.), *El Escorial. La Arquitectura del Monasterio*, Madrid 1986.
- SÁENZ DE MIERA, J., *De obra «insigne» y «heroica» a «Octava Maravilla del Mundo»: La fama de El Escorial en el siglo XVI*, Madrid 2001.
- SAN JERÓNIMO, J de, *Memorias*. Biblioteca Real del Escorial, ms. K.I.7. Ed. de M. Salvá y P. Sainz de Baranda, en CODOIN, t. VII. ed. facsímil, Madrid 1984.
- SEGURA, M. de, *Grammatica institutio*, Compluti 1580.
- SEPÚLVEDA, J. de, *Historia de varios sucesos y de las cosas notables que han acontecido en España y en otras naciones desde el año de 1584 hasta el de 1603, escrita por...* Biblioteca Nacional. Madrid, mss. 2576 y 2577. Ed. de J. Zarco, en *Documentos para la Historia del Monasterio de San Lorenzo el Real de El Escorial*, Madrid 1924, t. IV.
- SERRET MEDINA, A., *Materiales pétreos que se utilizaron en la construcción del Monasterio del Escorial*, Madrid 1998.
- SIGÜENZA, J. de, *La Vida de San Hierónimo, Doctor de la Santa Iglesia*. Biblioteca Real del Escorial, mss. T.III.27 y a.IV.1. Madrid 1595; otras ediciones, Madrid 1629, 1766, 1853
- SIGÜENZA, J. de, *Segunda Parte de la Historia de la Orden del Glorioso Sant Jerónimo...*, Biblioteca Real del Escorial, ms. a.IV.2, Madrid 1600.
- SIGÜENZA, J. de, *Tercera Parte de la Historia de la Orden de San Jerónimo*. Biblioteca Real del Escorial, ms. Ç.III.3, n.º 1, Madrid 1605. La Segunda y Tercera Partes, reeditadas en la BAE, 1907-1909, 2 vols. y recientemente en Valladolid 2000, 2 vols., con estudio preliminar sobre la *Historia* del P. Sigüenza y bibliografía, de F. J. Campos, t. I, pp. 7-43.
- SIGÜENZA, J. de, *Libro Tercero de la Historia de la Orden de San Jerónimo. La Fundación y grandeza del Monasterio de San Lorenzo el Real de la Orden de San Jerónimo. Fábrica del Rey Don Philippe Segundo*. Biblioteca Real del Escorial, ms. &.II.22, n.º 2. Editada esta descripción del monasterio en Madrid 1927, 1963 (F. C. Sainz de Robles), 1988 (A. Fernández Alba).
- SIMÓN DÍAZ, J., «El Escorial en la Bibliografía», en *Literatura e Imagen en El Escorial*. Actas del Simposium. San Lorenzo del Escorial 1996, pp. 57-86.
- TAYLOR, R., «Arquitectura y magia. Consideraciones sobre la 'idea' de El Escorial», en *Traza y Baza* (Universidad de Barcelona), 6 (1976) 5-62. Nueva ed., Madrid 1992.

- VARIOS, Número monográfico dedicado al Escorial en la Revista *Arquitectura* (Madrid), 56 (1963).
- VARIOS, *Monasterio de San Lorenzo el Real El Escorial. IV Centenario de la Fundación (1563-1963)*, San Lorenzo del Escorial 1964.
- VARIOS, *El Escorial. 1563-1963. IV Centenario de la Fundación del Monasterio*, Madrid 1964, 2 vols.
- VARIOS, «El Escorial», en *Fragmentos*. revista de Arte, núms. 4-5 (1985).
- VARIOS, *Anuario Jurídico Escorialense* (San Lorenzo del Escorial), 17-18 (1985-1986), 2 vols. Número extraordinario en el IV Centenario de la terminación del Monasterio de San Lorenzo el Real de El Escorial.
- VARIOS, *Real Monasterio de El Escorial. Estudios en el IV Centenario de la terminación del Monasterio de San Lorenzo El Real de El Escorial*, San Lorenzo del Escorial 1984. También publicado en la revista *La Ciudad de Dios* (San Lorenzo del Escorial), 197 (1984) 217-698.
- VARIOS, *El Escorial en la Biblioteca Nacional. IV Centenario del Monasterio de El Escorial*. Catálogo de la Exposición, Madrid 1985.
- VARIOS, *Ideas y Diseño [La Arquitectura]. IV Centenario del Monasterio de El Escorial*. Catálogo de la Exposición. Madrid 1986.
- VARIOS, *Fábricas y Orden Constructivo [La Construcción]. IV Centenario del Monasterio de El Escorial*. Catálogo de la Exposición. Madrid 1986.
- VARIOS, *Población y Monasterio. [El Entorno]. IV Centenario del Monasterio de El Escorial*. Catálogo de la Exposición. Madrid 1986.
- VARIOS, *Iglesia la Monarquía. La Liturgia. IV Centenario del Monasterio de El Escorial*. Catálogo de la Exposición. Madrid 1986.
- VARIOS, *Las Casas Reales, El Palacio. IV Centenario del Monasterio de El Escorial*. Catálogo de la Exposición. Madrid 1986.
- VARIOS, *Fe y Sabiduría. La Biblioteca. IV Centenario del Monasterio de El Escorial*. Catálogo de la Exposición. Madrid 1986.
- VARIOS, *Las Colecciones del Rey. Pintura y Escultura. IV Centenario del Monasterio de El Escorial*. Catálogo de la Exposición. Madrid 1986.
- VARIOS, *El Escorial. Biografía de una época [La historia]. IV Centenario del Monasterio de El Escorial*. Catálogo de la Exposición, Madrid 1986.
- VARIOS, *Real Monasterio-Palacio de El Escorial. Estudios inéditos en conmemoración del IV Centenario de la terminación de las obras*, Madrid 1987.
- VARIOS, *Herrera y el clasicismo*. Catálogo de la Exposición. Valladolid 1987.
- VARIOS, *El monte tallado (El Escorial)*, Madrid 1987.
- VARIOS, *Homenaje a Juan de Herrera*, Santander 1988.
- VARIOS, *El Escorial: Arte, poder y cultura en la corte de Felipe II*. Curso de Verano del Escorial (Universidad Complutense), Madrid 1989.
- VARIOS, *La Música en el Monasterio del Escorial*. Actas del Simposium. San Lorenzo del Escorial 1992.

- VARIOS, *Juan de Herrera y su influencia*, Actas del Simposium, Santander 1993.
- VARIOS, *La Ciencia en el Monasterio del Escorial*. Actas del Simposium. San Lorenzo del Escorial 1993, 2 vols.
- VARIOS, *La Escultura en el Monasterio del Escorial*. Actas del Simposium. San Lorenzo del Escorial 1994.
- VARIOS, *Literatura e Imagen en El Escorial*. Actas del Simposium. San Lorenzo del Escorial 1996.
- VARIOS, *El Monasterio del Escorial y la Pintura*. Actas del Simposium. San Lorenzo del Escorial 2001.
- VARIOS, *Memorias Sepulcrales de los Jerónimos de San Lorenzo del Escorial*. Archivo General de Palacio, Madrid, leg. 1791. Ed. de F. Pastor Gómez-Cornejo. San Lorenzo del Escorial 2001, 2 vols.
- VILLACASTÍN, A., *Memorias*. Biblioteca Real del Escorial, ms. f.IV.34. Ed. de J. ZARCO, en *Documentos para la Historia del Monasterio de San Lorenzo el Real de El Escorial*, Madrid 1916, t. I.
- VILLACASTÍN, A., «Carta a Jehan Lhermite», en *El Monasterio de San Lorenzo el Real de El Escorial y la Casita del Príncipe*, Madrid 1926, pp. 216-221. 1.ª ed. en *Le Passetemps, de J. Lhermite*, Antwerpen 1890-1896, t. II, pp. 86-91.
- VILLALBA MUÑOZ, L., «Introducción « a la *Historia del Rey de los reyes y Señor de los señores*, del P. Sigüenza. Madrid 1916, t. I, pp. XXIV-CLIV.
- YANCO, A., *El Escorial esotérico y hermético*, Madrid 1992.
- ZARCO CUEVAS, J., «Introducción a las Memorias de Fray Antonio de Villacastín», en *Documentos para la Historia del Monasterio de San Lorenzo el Real de El Escorial*, t. I. Madrid 1916, pp. VII-XV.
- ZARCO CUEVAS, J., «Introducción a la Historia de Fray Jerónimo de Sepúlveda», en *Documentos para la Historia del Monasterio de San Lorenzo el Real de El Escorial*, t. IV. Madrid 1924, pp. V-XI.
- ZARCO CUEVAS, J., *Los Jerónimos de San Lorenzo el Real de El Escorial*. Discurso leído en la recepción pública como académico de número de la Real Academia de la Historia. San Lorenzo del Escorial 1930.
- ZARCO CUEVAS, J., *Inventario de las alhajas, pinturas y objetos de valor y curiosidad donados por Felipe II al Monasterios de El Escorial (1571-1598)*, Madrid 1930.
- ZUAZO UGALDE, S., *Los orígenes arquitectónicos del Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial*, discurso de ingreso en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, Madrid 1948.

